

CALDERÓN DE LA BARCA, PEDRO (1600-1681)

*EL PRÍNCIPE CONSTANTE*

LA GRAN COMEDIA DEL PRÍNCIPE CONSTANTE Y ESCLAVO POR SU PATRIA.

PERSONAS

D. FERNANDO, príncipe  
D. ENRIQUE, príncipe  
D. JUAN COUTIÑO  
EL REY DE FEZ, viejo  
MULEY, general  
CELÍN  
BRITO, gracioso  
ALFONSO, rey de Portugal  
FÉNIX, infanta  
ROSA  
ZARA  
ESTRELLA  
CELIMA  
TARUDANTE, rey de Marruecos  
SOLDADOS  
CAUTIVOS  
MOROS

La escena es en Fez y sus contornos, y en los de Tánger. La acción principia en el año 1437

PRIMERA JORNADA

*ESCENA I*

(Salen los cautivos cantando lo que quisieren y ZARA.)

ZARA.  
Cantad aquí, que ha gustado,

mientras toma de vestir  
Fénix hermosa, de oír  
las canciones que ha escuchado.  
Tal vez en los baños, llena  
de dolor y sentimiento,

CAUTIVO 1.

Música, cuyo instrumento  
son los hierros y cadenas  
que nos aprisionan, ¿puede  
haberla arreglado?

ZARA.

Sí.

Ella escucha, desde aquí  
cantad.

CAUTIVO 2.

Esa pena excede  
Zara hermosa, a cuantas son,  
pues sólo un rudo animal,  
sin discurso racional,  
canta alegre en la prisión.

ZARA.

¿No cantáis vosotros?

CAUTIVO 3.

Es  
para divertir las penas  
propias, mas no las ajenas.

ZARA.

Ella escucha, cantad pues.

CAUTIVOS.

(Cantando)

Al peso de los años  
lo eminente se rinde  
que a lo fácil del tiempo  
no hay conquista difícil.

*ESCENA II*

Sale ROSA

ROSA.

Despejad, cautivos, dad  
a vuestras canciones fin,  
porque sale a este jardín  
Fénix a dar vanidad  
al campo con su hermosura,  
segunda aurora del prado.

*ESCENA III*

Vanse los cautivos y salen las moras vistiendo a FÉNIX

ESTRELLA.

Hermosa te has levantado.

ZARA.

No blasone el alba pura  
que la debe este jardín  
la luz, ni fragancia hermosa  
ni la purpura la rosa,  
ni la blancura el jazmín.

FÉNIX.

El espejo.

ZARA.

Es excusado  
querer consultar con él  
los borrones que el pincel  
sobre la tez no ha dejado.  
(Danle un espejo.)

FÉNIX.

¿De qué sirve la hermosura  
(cuando lo fuese la mía)  
si me falta la alegría,  
si me falta la ventura?

CELIMA.

¿Qué sientes?

FÉNIX.

Si yo supiera,  
¡Ay Celima! lo que siento,

de mi mismo sentimiento,  
lisonja al dolor hiciera;  
pero de la pena mía  
no sé la naturaleza,  
que entonces fuera tristeza  
la que hoy es melancolía.  
Sólo sé que sé sentir,  
lo que sé sentir no sé,  
que ilusión del alma fue.

ZARA.

Pues no pueden divertir  
tu tristeza estos jardines,  
que a la primavera hermosa  
labran estatuas de rosa  
sobre templos de jazmines.  
Hazte al mar, un barco sea  
dorado carro del sol.

ROSA.

Y cuando tanto arrebol  
arar por sus campos vea  
con grande melancolía,  
el jardín al mar dirá:  
"Ya el Sol en su centro está,  
cúbrase de luto el día."

FÉNIX.

Pues no me puede alegrar  
formando sombras y lejos,  
la emulación que en reflejos  
tiene la tierra y el mar,  
cuando con grandezas sumas  
compiten entre esplendores  
las espumas a las flores,  
las flores a las espumas,  
porque el jardín envidioso  
de ver las ondas del mar,  
su curso quiere imitar,  
y así el céfiro amoroso  
matices rinde y olores,  
que soplando en él, las bebe,  
y hacen las hojas que mueve  
un océano de flores,  
cuando el mar, triste de ver  
la natural compostura

del jardín, también procura  
adornar y componer,  
su playa y la pompa pierde,  
y a segunda ley sujeto,  
compiten, con dulce efeto,  
campo azul y golfo verde,  
siendo ya con rizas plumas  
y con mezclados colores,  
el jardín un mar de flores  
y el mar un jardín de espumas.  
Sin duda mi pena es mucha,  
no la pueden lisonjear  
campo, cielo, tierra y mar.

ZARA.

Gran pena contigo lucha.

#### *ESCENA IV*

(Sale el REY con un retrato en la mano, de TARUDANTE.)

REY.

Si acaso permite el mal  
cuartana de tu belleza  
dar treguas a tu tristeza  
este bello original,  
(que no es retrato el que tiene  
alma y vida) es del Infante  
de Marruecos, Tarudante;  
a rendir a tus pies viene  
su corona, Embajador  
es de su parte, y no dudo  
que Embajador que habla mudo  
trae embajadas de amor;  
favor en su amparo tengo:  
diez mil jinetes alista  
que llevar a la conquista  
de Ceuta, que ya prevengo  
de la vergüenza esta vez;  
licencia permite dar  
a quien se ha de coronar  
rey de tu hermosura en Fez.

FÉNIX.

¡Válgame Alá! (Aparte.)

REY.  
¿Qué rigor  
te suspende de esa suerte?

FÉNIX.  
La sentencia de mi muerte.

REY.  
¿Qué es lo que dices?

FÉNIX.  
Señor,  
si sabes que siempre has sido  
mi dueño, mi hermano y Rey,  
qué he de decir? (¡Ay, Muley, (Aparte.)  
grande ocasión has perdido!)  
El silencio (¡Ay, infelice!)  
hace mi humildad inmensa,  
(miente el alma si lo piensa, (Aparte.)  
miente la voz si lo dice.)

REY.  
Toma el retrato.

FÉNIX.  
(Forzada (Aparte.)  
la mano le tomará,  
pero el alma no podrá.) (Tómale.)  
(Disparan dentro, y luego sale ZARA.)

ZARA.  
Esta salva es a la entrada  
de Muley, que ya ha surgido  
del mar de Fez.

REY.  
Justa es.

*ESCENA V*

(Sale MULEY con bastón y arrodíllase.)

MULEY.  
Dame, gran señor, tus pies.

REY.

Muley, seas bienvenido. (Levántale)

MULEY.

Quien penetra ese arrebol  
de tan soberana esfera,  
y a quien agradar espera,  
tal Aurora, hija del Sol,  
fuerza es que venga con bien; (Como a excuso.)  
dame, señora, la mano,  
si favor tan soberano  
puede mereceros quien  
con amor, lealtad y fe  
nuevos triunfos os previene,  
y fue a serviros, y viene  
tan amante como fue.

FÉNIX.

¡Válgame el cielo! ¿Qué veo?  
Tú Muley, (Estoy mortal.) (Aparte.)  
vengas con bien.

MULEY.

(No con mal (Aparte.)  
será, si a mis ojos creo.)

REY.

En fin, Muley, ¿qué hay del mar?

MULEY.

(Hoy un sufrimiento pruebas, (Aparte.)  
De pesar te traigo nuevas,  
porque ya todo es pesar.

REY.

Pues cuanto supieres di,  
que en un ánimo constante  
siempre se halla igual semblante  
para el bien y el mal. Aquí  
te sienta, Fénix.

FÉNIX.

Sí haré.

REY.

Todos os sentad.  
(Siéntanse todos en un estrado.)  
Prosigue,  
y nada a callar te obligue.

MULEY.  
(Ni hablar ni callar sabré.) (Aparte.)  
Salí, como me mandaste,  
con dos galeazas solas,  
gran señor, a recorrer  
de Berbería las costas,  
fue tu intento que llegase  
a aquella ciudad famosa  
llamada en un tiempo Elisa,  
aquella que está a la boca  
del Puerto Hercúleo fundada,  
y que Ceido nombre toma  
(Que Ceido, Ceuta, en hebreo  
vuelta el árabe idioma,  
quiere decir hermosura,  
y ella es ciudad siempre hermosa),  
aquella pues, que los cielos  
quitaron a tu corona,  
quizá por justos enojos  
el gran profeta Mahoma,  
y en oprobio de las armas  
nuestras, sabemos ahora  
que pendones portugueses  
en las torres se enarbolan,  
tenidos siempre a los ojos  
un padraastro que deshonra,  
nuestros aplausos enfrena  
nuestros orgullos reporta;  
un Cáucaso que detiene  
al Nilo de tus victorias  
la corriente, y puesta en medio,  
el paso a España te estorba.  
Iba con orden, después,  
de mirar, y inquirir todas  
sus fuerzas, para decirte  
la disposición y forma  
que hoy tiene, y cómo podrás  
a menos peligro y costa  
emprender la guerra; el cielo  
te conceda la victoria.  
Con esta resolución,

aunque la dilate ahora  
mayor desdicha, pues creo  
que está su empresa dudosa,  
y con más necesidad  
te está apellidando otra.  
Pues las armas prevenidas  
para la gran Ceuta, importa  
que sobre Tánger acudan,  
porque amenazada llora  
de igual pena, igual desdicha,  
de igual ruina, igual congoja,  
Yo lo sé porque en el mar,  
una mañana, a la hora,  
que medio dormido el sol  
atropellando las sombras  
del ocaso, desmaraña  
sobre jazmines y rosas  
rubios cabellos, que enjuga  
con paños de oro al aurora,  
lágrimas de fuego y nieve  
que el sol convirtió en aljófár,  
que a largo trecho del agua  
venía una gruesa tropa  
de naves, si bien entonces  
no pudo la vista absorta  
determinarse a decir  
si eran nubes o eran rocas,  
porque como en las raíces  
sutiles pinceles logran  
unos visos, unos lejos,  
que en perspectiva dudosa  
parecen montes tal vez,  
y tal ciudades famosas,  
porque la distancia siempre  
monstruos imposibles forma,  
así en países azules  
hicieron luces y sombras,  
confundiendo mar y cielo  
con las nubes y las ondas,  
mil engaños a la vista,  
pues hasta entonces curiosa  
sólo apercibió los bultos  
y no apercibió las formas,  
primero nos pareció  
viendo que sus puntas tocan  
en el cielo, que eran nubes

de las que en el mar se arrojan,  
a concebir en zafir  
lluvias que el cristal abortan,  
y fue bien pensado, pues  
esta innumerable copia  
pareció que pretendía  
sorberse el mar gota a gota.  
Luego de marinos monstruos  
nos pareció errante copia,  
que a acompañar a Neptuno  
salían de sus alcobas,  
pues sacudiendo las velas,  
que son del viento lisonja,  
pensamos que sacudían,  
las alas sobre las olas;  
y parecía más cerca  
una inmensa Babilonia  
de quien los pensiles fueron  
flámulas que el viento azotan:  
aquí ya desengañados,  
la vista mejor se informa  
de que era armada, pues vio  
a los surcos de las proas,  
cuando batidas espumas  
ya se encrespan, ya se entorchan,  
rizarse montes de plata,  
de cristal cuajarse aljófar.  
Yo que vi tanto enemigo  
volví a su rigor la popa,  
que también saber huir  
es linaje de victoria;  
y así, como más experto  
en estos mares, la boca  
tomé de una cala, adonde  
al abrigo y a la sombra  
de dos montecillos pude  
resistir la poderosa  
furia de tan gran poder,  
que mar, cielo y tierra asombran.  
Pasan sin vernos, y yo,  
deseoso, quién lo ignora,  
de saber dónde seguía  
esta armada su derrota,  
a la campaña del mar  
salí otra vez, donde logra  
el cielo mis esperanzas,

en esta ocasión dichosas;  
pues vi que de aquella armada  
se había quedado sola  
una nave, que en el mar  
mal defendida, zozobra,  
porque según después supe  
de una tormenta, que todas  
corrieron, había salido  
deshecha, rendida y rota,  
y así llena de agua estaba,  
sin que bastasen las bombas  
a agotarla, y titubeando  
ya a aquella parte, ya a estotra,  
estaba, a cada vaivén  
si se ahoga o no se ahoga,  
llegué a ella, y aunque moro,  
les di alivio en sus congojas  
que el tener en los peligros  
compañía, de tal forma  
consuela, que el enemigo  
suele servir de lisonja;  
el deseo de vivir  
tanto a algunos les provoca,  
que haciendo a mi nave escalas  
de gúmenas y maromas,  
a la prisión se subieron,  
si bien otros les baldonan,  
diciéndoles que el vivir  
eterno es morir con honra,  
y aun así se resistieron,  
portuguesa vanagloria.  
De los que subieron, uno  
muy por extenso me informa,  
y dice que aquella armada  
ha salido de Lisboa  
para Tánger, y que viene  
a sitiarla, con heroica  
determinación, que vean;  
en sus almenas famosas,  
las quinas que ven en Ceuta  
cada vez que el sol se asoma.  
Duarte de Portugal,  
cuya fama vencedora  
ha de volar con las plumas  
de las águilas de Roma,  
envía a sus dos hermanos,

Enrique y Fernando, gloria  
de este siglo, que los mira  
coronados de victorias.  
Maestres de Cristo y Avis  
son, los dos pechos adornan  
cruces de perfiles blancos,  
una verde y otra roja.  
Catorce mil portugueses  
son, gran señor, los que cobran  
sus sueldos, sin los que vienen  
sirviéndoles a su costa.  
Mil son los fuertes caballos  
que la soberbia española  
los vistió para ser tigres,  
los calzó para ser onzas.  
Ya a Tánger habrán llegado,  
y ésta, señor, es la hora  
que si su arena no pisan,  
al menos sus mares cortan.  
Salgamos a defenderla,  
tú mismo las armas toma,  
baje en tu valiente brazo  
el azote de Mahoma,  
y del libro de la muerte  
desate la mejor hoja,  
que quizá se cumple hoy  
una profecía heroica  
de morabitos, que dicen  
que en la margen arenosa  
del África ha de tener  
la portuguesa corona  
sepulcro infeliz, y vean  
que aquella cuchilla corva  
campañas verdes y azules  
volvió con su sangre rojas. (Levántanse.)

REY.

Calla, no me digas más,  
que de mortal furia lleno,  
cada voz es un veneno  
con la muerte que me das.  
Mas sus bríos arrogantes  
haré que en África tengan  
sepulcro, aunque armados vengan  
sus Maestres los Infantes.  
Tú, Muley, con los jinetes

de la costa parte luego,  
mientras yo en tu amparo llevo,  
que sí, como me prometes,  
en escaramuzas diestras  
le ocupas, porque tan presto  
no tome tierra, que en esto  
la sangre heredada muestras,  
yo tan veloz llegaré  
como tú, con lo restante  
del ejército arrogante  
que en ese campo se ve.  
Porque la sangre concluya  
tantos duelos en un día,  
Ceuta tiene de ser mía  
y Tánger no ha de ser suya. (Vase.)

#### *ESCENA VI*

MULEY.

Aunque de paso, no quiero  
dejar, Fénix, de decir,  
ya que tengo de morir,  
la enfermedad de que muero;  
que aunque pierdan mis recelos  
el respeto a tu opinión,  
si celos mis penas son,  
ninguno es cortés con celos.  
¿Qué retrato, ¡ay enemiga!,  
en tu mano blanca vi?  
¿Quién es el dichoso, di?  
¿Quién?... Mas, espera, no diga  
tu lengua; tales agravios  
bastan sin saber quién sea;  
que yo en tu mano le vea  
sin que lo digan tus labios.

FÉNIX.

Muley, aunque mi deseo  
licencia de amar te dio,  
de injuriar y ofender, no.

MULEY.

Es verdad, Fénix, ya veo  
que no es estilo ni modo  
de hablarte, pero los cielos

saben que, en habiendo celos,  
se pierde el respeto a todo.  
Con grande recato y miedo  
te serví, quise y amé,  
mas si con amor callé,  
con celos, Fénix, no puedo.  
no puedo.

FÉNIX.  
No ha merecido  
tu culpa satisfacción,  
pero yo por mi opinión  
satisfacerme he querido,  
que un agravio entre los dos  
disculpa tiene, y así  
te la doy.

MULEY.  
Pues, ¿hayla?

FÉNIX.  
Sí.

MULEY.  
Buenas nuevas te dé Dios.

FÉNIX.  
Este retrato ha enviado...

MULEY.  
¿Quién?

FÉNIX.  
Tarudante, el Infante.

MULEY.  
¿Para qué?

FÉNIX.  
Porque ignorante  
mi hermano de mi cuidado...

MULEY.  
Bien.

FÉNIX.

Pretende que estos dos  
reinos...

MULEY.

No me digas más...  
¿eso por disculpa das?  
¡Malas nuevas te dé Dios!

FÉNIX.

Pues, ¿qué culpa habré tenido  
de que mi hermano lo trate?

MULEY.

De haber hoy, aunque te mate,  
el retrato recibido.

FÉNIX.

¿Puede excusarlo?

MULEY.

¿Pues no?

FÉNIX.

¿Cómo?

MULEY.

Otra cosa fingir.

FÉNIX.

Pues, ¿qué pude hacer?

MULEY.

Morir,  
que por ti lo hiciera yo.

FÉNIX.

Fue fuerza.

MULEY.

Más fue mudanza.

FÉNIX.

Fue violencia.

MULEY.

No hay violencia.

FÉNIX.

Pues, ¿qué pudo ser?

MULEY.

Mi ausencia,  
sepulcro de mi esperanza,  
y para asegurarme  
de que te puedes mudar  
ya yo me voy a ausentar,  
vuelve, Fénix, a matarme. (Tocan.)

FÉNIX.

Forzosa es la ausencia, parte.

MULEY.

Ya lo está el alma primero.

FÉNIX.

A Tánger, que en Fez te espero  
donde acabes de quejarte.

MULEY.

Sí haré, si mi mal dilato.

FÉNIX.

Adiós, que es fuerza el partir.

MULEY.

Oye, ¿al fin me dejas ir  
sin entregarme el retrato?

FÉNIX.

Por el Rey no le he deshecho.

MULEY.

(Quítale el retrato.)  
Suelta, que no será en vano  
que saque yo de la mano  
a quien me saca del pecho. (Vanse.)  
Playa de Tánger

*ESCENA VII*

Tocan dentro un clarín, hay ruido de desembarcar, y van saliendo DON FERNANDO, DON ENRIQUE, DON JUAN COUTIÑO, y soldados portugueses.

D. FERNANDO.

Yo he de ser el primero, África bella,  
que he pisar tu margen arenosa,  
porque oprimida al peso de mi huella  
sientas en tu cerviz la poderosa  
fuerza que ha de rendirte.

D. ENRIQUE.

Yo en el suelo  
africano, la planta generosa  
el segundo pondré. ¡Válgame el cielo! (Cae)  
Hasta aquí los agujeros me han seguido.

D. FERNANDO.

Pierde, Enrique, pierde a esas cosas el recelo,  
porque el caer ahora antes ha sido  
que ya como señor la misma tierra  
los brazos en albricias te ha pedido.

D. ENRIQUE.

Desierta esta campaña y esta tierra  
los árabes al vernos han dejado.

D. JUAN.

Tánger las puertas de sus muros cierra.

D. FERNANDO.

Todos se han retirado a ese sagrado.  
Don Juan Coutiño, conde de Miralva,  
reconoced la tierra con cuidado;  
antes que el Sol, reconociendo el alba,  
con más fuerza nos hiera y nos ofenda,  
haced a la ciudad la primera salva:  
decid que defenderse no pretenda,  
porque la he de ganar a sangre y fuego  
que el campo inunde, el edificio encienda.

D. JUAN.

Tú verás que a sus mismas puertas llevo,  
aunque volcán de llamas y de rayos,  
dejen al Sol con pardas nubes ciego. (Vase.)

*ESCENA VIII*

Sale BRITO

BRITO.

¡Gracias a Dios que abriles piso y mayos  
y en la tierra me voy por donde quiero,  
sin sustos, sin vaivenes ni desmayos!  
Y no en el mar adonde, si primero  
no se consulta un monstruo de madera  
(que es juez de palo, en fin, el más ligero),  
no se puede escapar de una carrera  
en el mayor peligro. ¡Ah tierra mía!  
No muera en agua yo, como no muera  
tampoco en tierra hasta el postrero día.

D. ENRIQUE.

¿Que escuches este loco?

D. FERNANDO.

Y que tu pena  
sin razón, sin arbitrio y sin consuelo  
¡tanto de ti te priva y te divierte!

D. ENRIQUE.

El alma traigo de temores llena  
echada tiene contra mí la suerte;  
desde que de Lisboa, al salir, sólo  
imágenes he visto de la muerte:  
apenas pues al berberisco polo  
prevenimos, hermano, esta jornada,  
cuando de un parasismo el mismo Apolo,  
amortajando en nubes la dorada  
faz escondió, y el mar ceñudo y fiero  
deshizo con tormenta nuestra armada,  
Si miró al mar, mil sombras considero  
si al cielo miro, sangre me parece  
su velo azul; si al aire lisonjero,  
aves nocturnas son las que me ofrece;  
si a la tierra, sepulcros representa  
donde, mísero, yo caigo y tropiece.

D. FERNANDO.

Pues disfrazarte aquí mi amor intenta  
causas de un melancólico accidente,  
sorbernos una nave una tormenta

es decir que sobra aquella gente  
para ganar la empresa a que venimos;  
vestir púrpura el cielo transparente  
es gala, no es horror, y si fingimos  
monstruos al agua y pájaros al viento,  
nosotros hasta aquí no los trajimos,  
pues si ellos aquí están, no es argumento,  
que a la tierra que habitan inhumanos  
pronostican el fin fiero y sangriento;  
esos agujeros viles, miedos vanos,  
para los moros vienen, que los crean,  
no para que los duden, los cristianos;  
nosotros dos los somos, no se emplean  
nuestras armas aquí por vanagloria  
de quien los libros inmortales lean  
ojos humanos esta gran victoria;  
la Fe de Dios a engrandecer venimos,  
suyo será el honor, suya la gloria,  
si vivimos dichosos, pues morimos;  
el castigo de Dios, justo es temerle,  
éste no viene envuelto en miedos vanos,  
a servirle venimos, no a ofenderle,  
cristianos sois, haced como cristianos  
Pero ¿qué es esto?

#### *ESCENA IX*

Sale DON JUAN

D. JUAN.

Señor,  
yendo al muro a obedecerte  
a la falda de ese monte  
vi una tropa de jinetes,  
que de la parte de Fez  
corriendo a esta parte vienen  
tan veloces, que a la vista,  
aves no, brutos parecen;  
el viento no los sustenta,  
la tierra apenas los siente,  
y así la tierra ni el aire  
saben si corren o vuelen.

D. FERNANDO.

Salgamos a recibirlos,

haciendo primero frente  
los arcabuceros, luego  
los que caballos tuvieren  
salgan también a su usanza  
con lanzas y con paveses.  
¡Ea, Enrique, buen principio  
esta ocasión nos ofrece!  
¡Ánimo! (Vase.)

D. ENRIQUE.  
Tu hermano soy,  
no me espantan accidentes  
del tiempo, ni me espantara  
el semblante de la muerte. (Vase.)

BRITO.  
El cuartel de la salud  
me toca a mí guardar siempre:  
¡oh qué brava escaramuza!  
Ya se embisten, ya acometen,  
famoso juego de cañas,  
ponerme en cobro conviene  
(Vase y tocan el arma.)  
Otro punto de la playa

#### *ESCENA X*

(Salen peleando DON ENRIQUE y DON JUAN con los moros.)

D. ENRIQUE.  
A ellos, que ya los moros  
vencidos la espalda vuelven.

D. JUAN.  
Llenos de despojos quedan  
de caballos y jinetes  
estos campos.

D. ENRIQUE.  
¿Don Fernando  
dónde está, que no parece?

D. JUAN.  
Tanto se empeñó en los moros  
que ya de vista se pierde.

D. ENRIQUE.

Pues a buscarle, Coutiño.

D. JUAN.

Siempre a tu lado me tienes. (Vanse)

### *ESCENA XI*

(Sale DON FERNANDO, con la espada de Muley envainando y MULEY, con adarga sola.)

D. FERNANDO.

En la desierta campaña,  
que tumba común parece  
de alarbes cuerpos, si ya  
no es teatro de la muerte,  
sólo tú, moro, has quedado,  
porque rendida tu gente  
se retiró, y tu caballo,  
que mares de sangre vierte,  
envuelto en polvo y espuma  
que él mismo levanta y pierde,  
te dejó para despojo  
de mi brazo altivo y fuerte,  
entre los sueltos caballos  
de los vencidos jinetes,  
yo, ufano con tal victoria,  
que me ilustra y desvanece  
más que el ver esa campaña  
coronada de claveles,  
pues es tanta la perdida  
sangre con que se guarnece,  
que la piedad de los ojos  
fue tan grande, tan vehemente  
de no ver siempre desdichas,  
de no mirar ruinas siempre,  
que por el campo buscaban  
entre lo rojo, lo verde.  
En efecto, mi valor,  
sustentando tus valientes  
bríos, de tantos perdidos  
un suelto caballo prende  
tan monstruo, que siendo hijo  
del viento, adopción pretende

del fuego, y entre los dos  
le desdice y lo desmiente  
el color, pues siendo blanco  
dice el agua: "Parto es este  
de mi esfera, sola yo  
puede cuajarlo de nieve."  
En fin, en lo veloz, viento,  
rayo en fin en lo eminente,  
era, por lo blanco, cisne,  
por lo sangiento, era sierpe,  
por lo hermoso era soberbio,  
por lo atrevido, valiente,  
por los relinchos, lozano,  
y por las cernejas, fuerte.  
En la silla y en las ancas  
puestos los dos juntamente,  
mares de sangre rompimos,  
por cuyas ondas crueles  
este bajel animado,  
hecho proa de la frente,  
rompiendo el globo de nácar  
desde el codón al copete  
pareció entre espuma y sangre,  
ya que bajel quise hacerle,  
de cuatro espuelas herido,  
que cuatro vientos le mueven.  
Rindióse al fin, si hubo peso  
que tanto Atlante sufriese,  
si bien el de las desdichas  
hasta los brutos lo sienten,  
o ya fue que enternecido  
de oír tu historia dijese:  
"Triste camina el alarbe,  
el español parte alegre."  
Luego yo, contra mi patria,  
¿soy traidor y soy aleve?  
No quiero pasar de aquí,  
ve con bien, pues triste vienes,  
tanto, que aunque el corazón  
disimula cuanto puede,  
por la boca y por los ojos  
volcanes que el pecho enciende,  
ardientes suspiros lanza,  
y tiernas lágrimas vierte.  
Admirado mi valor  
de ver cada vez que vuelve,

que a un golpe de la fortuna  
tanto le postre y sujete  
tu valor, piensa que es otra  
la causa que te entristece,  
porque por la libertad  
no era justo ni decente,  
que tan tiernamente llore  
quien tan duramente hiere.  
Y así, si el comunicar  
los males alivio ofrecen  
al sentimiento, entretanto  
que llegamos a mi gente  
mi deseo a tu cuidado,  
si tanto favor merece,  
con razones te pregunta  
comedidas y corteses,  
qué sientes, pues ya yo creo  
que el venir preso no sientes.  
Comunicado el dolor,  
se aplaca, si no se vence,  
y yo que soy el que tuvo  
más parte en este accidente  
de la fortuna, también  
quiero serlo en que me cuentes  
de tus suspiros la causa,  
si la causa lo consiente.

MULEY.

Valiente eres, español,  
y cortés como valiente,  
tan bien vences con la lengua  
como con la espada hieres;  
tuya fue la vida, cuando  
con la espada entre mi gente  
me venciste, pero ahora  
que con la lengua me prendes  
es tuya el alma, porque  
alma y vida se confiesen  
tuyas, de ambas eres dueño,  
pues ya cruel, ya clemente,  
por el trato y por las armas  
me has cautivado dos veces.  
Movido de la piedad  
de oírme, español, y verme,  
preguntado me has la causa  
de mis suspiros ardientes;

y aunque confieso que el mal  
repetido y dicho suele  
templarse, también conozco  
que quien le repite quiere  
aliviarse, y es mi mal  
tan dueño de mis placeres,  
que por no hacerle disgusto,  
y que aliviado me deje  
no quisiera repetirle,  
mas ya es fuerza obedecerte,  
y quiérotelo decir  
por quien soy y por quien eres.  
Sobrino del rey de Fez  
soy, mi nombre es Muley Jeque,  
familia que ilustran tantos  
Bajaes y Belerbeyes;  
tan hijo fui de desdichas  
desde mi primero Oriente,  
que en el umbral de la vida  
nacé en brazos de la muerte,  
una desierta campaña  
que fue sepulcro eminente  
de españoles, fue mi cuna,  
pues para que lo confieses,  
en los Gelves nacé el año  
que os perdisteis en los Gelves.  
A servir al rey mi tío  
vine, Infante, pero empiecen  
las penas y las desdichas,  
cesen las venturas, cesen;  
vine a Fez, y una hermosura  
a quien he adorado siempre,  
junto a mi casa vivía  
porque yo cerca muriese;  
desde mis primeros años,  
porque más constante fuese  
este amor, más imposible  
fue de acabarse y romperse,  
ambos nos criamos juntos,  
y amor en nuestras niñeces,  
no fue rayo, pues hirió  
en lo humilde, tierno y leve,  
con más fuerza que pudiera  
en lo augusto, altivo y fuerte,  
tanto, que para mostrar  
sus fuerzas y sus poderes,

hirió nuestros corazones  
con arpones diferentes.  
Pero como la porfía  
con iguales piedras suele  
hacer señal, por la fuerza  
no, sino cayendo siempre  
así las lágrimas mías  
porfiando eternamente  
la piedra del corazón,  
más que los diamantes fuerte,  
labraron, y no con fuerza  
de méritos excelentes;  
pero con mi mucho amor  
vino, en fin, a enternecerse;  
en este estado viví  
algún tiempo, aunque fue breve,  
gozando en auras suaves  
mil amorosos deleites.  
Ausentéme, por mi mal,  
harto dije en ausentéme,  
pues en ausencia otro amor  
ha venido a darme muerte;  
él dichoso, yo infelice;  
él asistiendo, yo ausente;  
yo cautivo y libre él  
me contrastaba mi suerte  
cuando tú me cautivaste.  
Mira si es bien me lamente.

D. FERNANDO.

Valiente moro y galán,  
si adoras como refieres,  
si idolatras como dices,  
si amas como encareces,  
si celas como suspiras,  
si como recelas temes,  
y si como sientes amas,  
dichosamente padeces.  
No quiero por tu rescate  
más precio que aquel me aceptes:  
vuélvete y dile a tu dama  
que por su esclavo te ofrece  
un portugués caballero,  
y si obligada pretende  
pagarme el precio por ti,  
yo te doy lo que me debes:

cobra la deuda de amor  
y logra tus intereses,  
y el caballo, que rendido  
cayó en el suelo, parece  
con el ocio y el descanso,  
que restituido vuelve;  
y porque sé qué es amor,  
y que es tardanza en ausentes,  
no te quiero detener,  
sube en tu caballo y vete.

MULEY.

Nada mi voz te responde,  
que a quien liberal ofrece,  
sólo aceptar es lisonja.  
Dime, portugués, ¿quién eres?

D. FERNANDO.

Un hombre noble, y no más.

MULEY.

Bien lo muestras, seas quien fueres;  
para el bien y para el mal  
soy tu esclavo eternamente.

D. FERNANDO.

Toma el caballo, que es tarde.

MULEY.

Pues si a ti te lo parece,  
¿qué hará a quien vino cautivo  
y libre a su dama vuelve? (Vase)

D. FERNANDO.

Generosa acción es dar,  
y más la vida.

(De adentro dice MULEY.)

MULEY.

Valiente  
portugués.

D. FERNANDO.

(Aparte.) Desde el caballo  
habla. ¿que es lo que me quieres?

MULEY.

Espero que he de pagarte  
algún día tantos bienes.

D. FERNANDO.

¡Gózalos tú!

MULEY.

(Dentro.) Porque al fin  
hacer bien nunca se pierde.  
¡Alá te guarde, español!

D. FERNANDO.

Si Alá es Dios, con bien te lleve.  
(Suenan dentro cajas y trompetas.)  
Mas, ¿qué trompeta es esta,  
que alegre turba y la región molesta?  
Y por esotra parte,  
cajas se escuchan, música de Marte son las dos.

## *ESCENA XII*

(Sale DON ENRIQUE, alborotado.)

D. ENRIQUE.

¡Oh Fernando,  
tu persona veloz vengo buscando!

D. FERNANDO.

Enrique, ¿qué hay de nuevo?

D. ENRIQUE.

Aquellos ecos,  
ejércitos de Fez y de Marruecos  
son, porque Tarudante  
al rey de Fez socorre, y arrogante  
el rey con gente viene,  
en medio cada ejército nos tiene  
de modo que cercados  
somos los sitiadores y sitiados;  
si la espalda volvemos  
al uno, mal del otro nos podemos  
defender, porque una y otra parte  
nos deslumbran relámpagos de Marte.

¿Qué haremos pues, de confusiones llenos?

D. FERNANDO.

¿Qué? Morir como buenos,  
con ánimos constantes.

¿No somos dos Maestros, dos Infantes,  
cuando bastara ser dos portugueses  
particulares, para no haber visto  
la cara al miedo, pues Avis y Cristo  
a voces repitamos  
y por la Fe de Dios aquí muramos,  
pues a morir venimos.

### *ESCENA XIII*

(Sale DON JUAN DE SILVA.)

D. JUAN.

Mal la salida a tierra dispusimos.

D. FERNANDO.

Ya no es tiempo de medios,  
a los brazos apelen los remedios,  
que uno y otro ejército nos cierra.  
¡Avis y Cristo! (Decid.)

D. JUAN

¡Guerra, guerra!  
(Entranse sacando las espadas, dase la batalla.)

### *ESCENA XIV*

(Sale BRITO.)

BRITO.

Ya nos cogen en medio,  
un ejército y otro, sin remedio.  
¡Qué bellaca palabra!  
La llave eterna de los cielos abra  
un resquicio siquiera,  
que de aqueste peligro salga afuera  
quien aquí se ha venido  
sin qué, ni para qué. Pero fingido  
muerto estaré un instante

y muerto lo tendré para adelante.  
(Echase en el suelo y sale un moro acuchillando a ENRIQUE)

*ESCENA XV*

MORO.  
¿Quién tanto se defiende,  
siendo mi brazo rayo que desciende  
desde la cuarta esfera?

D. ENRIQUE  
Pues aunque yo tropiece, caiga y muera  
en cuerpos de cristianos,  
no desmaya la fuerza de las manos,  
que ella de quien yo soy la mejor avisa.

BRITO.  
¡Cuerpo de Dios con él, y qué bien pisa!

*ESCENA XVI*

(Písanle, y entránse, y salen MULEY y DON JUAN COUTIÑO riendo.)

MULEY.  
Ver, portugués valiente,  
en ti fuerza tan grande no lo siente  
mi valor, pues quisiera  
daros hoy la vitoria.

D. JUAN.  
¡Pena fiera!  
sin tiento y sin aviso  
son cuerpos de cristianos cuantos piso.

BRITO.  
Yo se lo perdonara  
a trueco, mi señor, que no pisara.

*ESCENA XVII*

(DON FERNANDO retirándose del REY y de otros moros.)

REY.  
Rinde la espada, altivo

portugués, que si logro el verte vivo  
en mi poder, prometo  
ser tu amigo, dime ¿quién eres?

D. FERNANDO.

Un caballero soy, saber no esperes  
más de mí, dame muerte.

### *ESCENA XVIII*

(Sale DON JUAN con la espada desnuda y pónese a su lado.)

D. JUAN.

Primero, gran señor, mi pecho fuerte  
que es muro de diamante,  
tu vida guardará puesto delante;  
¡Ea, Fernando mío,  
muéstrese ahora el heredado brío!

REY.

Si esto escucho, ¿qué espero?  
Suspéndanse las armas, que no quiero  
hoy más felice gloria,  
que este preso me basta por victoria,  
si tu prisión o muerte  
con tal sentencia decretó la suerte;  
dé la espada Fernando  
al rey de Fez.

### *ESCENA XIX*

MULEY

¿Qué es lo que estoy mirando? (Aparte)

D. FERNANDO.

Sólo a un rey la rindiera,  
que desesperación negarla fuera.

(Dale la espada. Sale DON ENRIQUE con la espada desnuda)

D. ENRIQUE.

¿Preso mi hermano?

D. FERNANDO.

Enrique,  
tu voz más sentimiento no publique,  
que en la suerte importuna  
éstos son los sucesos de fortuna.

REY.

Enrique, don Fernando  
está ya en mi poder, y aunque mostrando  
la ventaja que tengo  
pudiera daros muerte, no pretendo  
hoy más que a defenderme  
que vuestra sangre no pudiera hacerme  
honras más conocidas  
como podrán hacerme vuestras vidas,  
y para que el rescate  
con más puntualidad al Rey se trate,  
vuélvete Enrique tú, porque Fernando  
en mí poder se quedará aguardando  
que vengas a librarle,  
pero dile a Duarte que en llevarle  
será su intento vano,  
si a Ceuta no me entrega por su hermano;  
y ahora vuestra Alteza  
a quien debo esta honra, esta grandeza,  
y a Fez venga conmigo.

D. FERNANDO.

Iré a la esfera, cuyos rayos sigo.

MULEY.

(Porque yo tenga, cielos, (Aparte.)  
más que sentir entre amistad y celos.)

D. FERNANDO.

Hermano, preso quedo,  
ni al mal ni a la fortuna tengo miedo,  
dirásle a nuestro hermano  
que haga como príncipe cristiano  
en la desdicha mía.

D. ENRIQUE.

Pues, ¿quién en sus finezas desconfía?

D. FERNANDO.

Esto te encargo y digo:

D. ENRIQUE.  
que haga como cristiano.  
Yo me obligo

D. FERNANDO.  
que hará como tal.  
Dame esos brazos.

D. ENRIQUE.  
Tú eres el preso y pónesme a mí lazos.

D. FERNANDO.  
D. Juan, adiós.

D. JUAN.  
Yo he de quedar contigo,  
de mí no te despidas.

D. FERNANDO.  
¡Leal amigo!

D. ENRIQUE.  
¡Oh infelice jornada!

D. FERNANDO.  
Dirás, don Juan, al rey... No digas nada,  
sino con gran silencio, en miedo vano  
estas lágrimas lleva al rey mi hermano. (Vanse)

(Pónese un pañuelo en los ojos y vanse por una parte DON ENRIQUE y DON JUAN, y por otra, DON FERNANDO, el REY, MULEY, y demás MOROS.)

## *ESCENA XX*

MORO 1.  
Cristiano muerto es este.

MORO 2.  
Porque no causen peste,  
echad al mar los muertos.

BRITO.  
En dejándoos los cascos bien abiertos  
a tajos y reveses, (Acuchíllalos.)  
que ainda mortos somos portugueses.

(Fin de la primera jornada del PRÍNCIPE CONSTANTE.)

## JORNADA SEGUNDA

Falda de un monte cercano a los jardines de Fez

### *ESCENA I*

(Sale FÉNIX alborotada y MULEY al paño.)

FÉNIX.

Rosa, Zara, Estrella, ¿no  
hay quien me responda?

MULEY.

Sí, (Sale.)

que tú eres sol para mí  
y para ti sombra yo,  
y la sombra al sol siguió  
El eco dulce escuché  
de tu voz, y apresuré  
por esta montaña el paso  
¿Qué sientes?

FÉNIX.

Oye, si acaso  
puedo decir lo que fue.  
Lisonjera, libre, ingrata,  
dulce y suave una fuente  
hizo apacible corriente  
de cristal y undosa plata:  
lisonjera se desata,  
porque hablaba y no sentía;  
suave, porque fingía;  
libre, porque claro hablaba;  
dulce, porque murmuraba;  
e ingrata, porque corría.  
Aquí cansada llegué  
después de seguir ligera  
en ese monte una fiera  
en cuya frescura hallé  
ocio y descanso, porque

de un montecillo a la espalda,  
de quien corona y guirnalda  
fueron clavel y jazmín,  
sobre un catre de carmín  
hice lecho de esmeralda.  
Apenas en él rendí  
el alma al susurro blando  
de las soledades, cuando  
ruido en las ramas sentí,  
atenta me puse y vi  
una caduca africana,  
espíritu en forma humana,  
ceño arrugado y esquivo,  
que era un esqueleto vivo  
de lo que fue sombra vana,  
cuya rústica fiereza,  
cuyo aspecto esquivo y bronco,  
fue escultura hecha de un tronco  
sin pulirse la corteza,  
con melancolía y tristeza,  
pasiones siempre infelices,  
para que te atemorices  
una mano me tomó,  
y entonces ser tronco yo  
afirmé por las raíces.  
Hielo introdujo a mis venas  
el contagio, horror las voces  
que discurriendo veloces  
de mortal veneno llenas,  
articuladas apenas  
esto la pude entender:  
"¡Ay, infelice mujer!  
¡Ay, forzosa desventura,  
que, en efecto, esta hermosura  
precio de un muerto ha de ser!"  
Dijo, y yo tan triste vivo,  
que diré mejor que muero,  
pues por instantes espero  
de aquel tronco fugitivo,  
cumplimiento tan esquivo  
de aquel oráculo yerto,  
el presagio y fin tan cierto  
que mi vida ha de tener,  
¡ay de mí!, que hoy he de ser  
precio vil de un hombre muerto.

(Vase FÉNIX.)

*ESCENA II*

MULEY.

Fácil es de descifrar  
ese sueño, esa ilusión,  
pues las imágenes son  
de mi pena singular:  
a Tarudante has de dar  
la mano de esposa, pero  
yo, que en pensarlo me muero,  
estorbaré tal rigor,  
que él no ha de gozar tu amor  
si no me mata primero.  
Perderte yo, podrá ser,  
mas no perderte y vivir  
luego, si es fuerza el morir  
antes que lo llegue a ver,  
precio mi vida ha de ser  
con que he de comprarte (¡ay cielos!),  
y tú en tantos desconsuelos  
precio de un muerto serás,  
pues que morir me verás  
de amor, de envidia y de celos.

*ESCENA III*

(Vánse FÉNIX y queda MULEY. Salen tres cautivos y el INFANTE D. FERNANDO.)

CAUTIVO 1.

Desde aquel jardín te vimos  
andar a caza, Fernando,  
nuestro trabajo dejando  
todos juntos, y venimos  
a arrojarnos a tus pies.

CAUTIVO 2.

Solamente ese consuelo  
aquí nos ofrece el cielo.

CAUTIVO 3.

Piedad como tuya es.

D. FERNANDO.

Amigos, dadme los brazos,  
y sabe Dios si con ellos  
quisiera de vuestros cuellos  
romper los nudos y lazos  
que os aprisionan, que a fe  
que os darían libertad  
antes que a mí; mas pensad  
que favor del cielo fue  
esta piadosa sentencia,  
él mejorará la suerte,  
que a la desdicha más fuerte  
sabe vencer la paciencia,  
sufrid con ella el rigor  
del tiempo y de la fortuna,  
deidad bárbara, importuna,  
hoy cadáver, y ayer flor;  
no permanezca jamás,  
y así os mudará de estado,  
¡Ay Dios!, que al necesitado  
darle consuelo no más  
no es prudencia, y en verdad,  
que aunque quiera regalaros,  
no tengo esta vez qué daros,  
mis amigos, perdonad.  
Ya de Portugal espero  
socorro, presto vendrá,  
vuestra mi hacienda será,  
para vosotros la quiero;  
si me vienen a sacar  
del cautiverio, ya digo  
que todos iréis conmigo;  
id con Dios a trabajar,  
no disgustéis vuestros dueños.

CAUTIVO 1.

Señor, tu vida y salud  
hace nuestra esclavitud  
dichosa.

CAUTIVO 2.

Siglos pequeños  
son los del fénix, señor,  
para que vivas.  
(Vanse los cautivos.)

*ESCENA IV*

D. FERNANDO.

El alma  
queda en lastimosa calma  
viendo que os vais sin favor  
de mis manos. ¡Quién pudiera  
socorrerlos! ¡Que dolor!

MULEY.

Aquí estoy viendo el amor  
con que la desdicha fiera  
de esos cautivos tratáis

D. FERNANDO.

Duélome de su fortuna,  
en su desdicha importuna.  
que a esos esclavos miráis,  
aprendo a ser infelice,  
y algún día podrá ser  
que los haya menester.

MULEY.

¿Eso vuestra Alteza, dice?

D. FERNANDO.

Naciendo Infante he llegado  
a ser esclavo, y así  
temo venir desde aquí  
a más miserable estado;  
que si ya en aqueste vivo,  
mucha más distancia trae  
de infante a cautivo que hay  
de cautivo a más cautivo.  
Un día llama a otro día,  
y así llama y encadena  
llanto a llanto y pena a pena.

MULEY.

No fue mayor la mía,  
que vuestra Alteza mañana,  
aunque hoy cautivo está,  
a su patria volverá;  
pero mi esperanza es vana,  
pues no puede alguna vez

mejorarse de fortuna,  
mudable más que la luna.

D. FERNANDO.

Cortesano soy en Fez,  
y nunca de los amores  
que me contasteis oí  
novedad.

MULEY.

Fueron en mí  
recatados los favores,  
el dueño juré encubrir,  
pero a la amistad atento,  
sin quebrar el juramento  
te lo tengo de decir.  
Tan solo mi mal ha sido  
como solo mi dolor,  
porque el Fénix y mi amor  
sin semejante han nacido;  
en ver, oír y callar,  
Fénix es mi pensamiento;  
Fénix es mi sufrimiento  
en temer, sentir y amar;  
Fénix, mi desconfianza  
en llorar y en padecer;  
en merecerla y temer  
aun es Fénix mi esperanza.  
Fénix mi amor, mi cuidado,  
y pues que Fénix te digo,  
como amante y como amigo  
yo lo he dicho y lo he callado  
(Vase MULEY.)

D. FERNANDO.

Cuerdamente declaró  
el dueño, amante y cortés;  
si Fénix su pena es,  
no he de competirla yo,  
que la mía es común pena  
no me doy por entendido,  
que muchos la han padecido  
y vive de enojos llena.

*ESCENA V*

(Salen el REY y MULEY.)

REY.

Por la falda de este monte  
vengo en persona a que vengas,  
porque antes que el Sol se esconda  
entre corales y perlas,  
te entretengas en la lucha  
de una tigre, que ahora cercan  
mis cazadores.

D. FERNANDO.

Señor,  
gustos por puntos me inventas  
para agradarme; si así  
a tus cautivos festejas,  
no echarán menos la patria.

REY.

Cautivos de tales prendas,  
que honran al dueño, es razón  
servirlos de esta manera.

*ESCENA VI*

(Sale DON JUAN.)

D. JUAN.

Sal, gran señor, a la orilla  
del mar, y verás en ella  
el más hermoso animal  
que añadió naturaleza  
al artificio, porque  
una cristiana galera  
llega al puerto, tan hermosa,  
aunque toda oscura y negra,  
que al verla se duda cómo  
es alegre su tristeza.  
Las armas de Portugal  
vienen por remate de ella,  
que como tienen cautivo  
a un infante, tristes señas  
visten por su esclavitud,

y a darte libertad llegan  
diciendo su sentimiento.

D. FERNANDO.

Don Juan, amigo, no es esa  
de su luto la razón,  
que si a librarme vinieran,  
en fe de mi libertad  
fueran alegres las muestras.

### *ESCENA VII*

(Sale DON ENRIQUE, vestido de luto, con un pliego)

D. ENRIQUE.

Dadme, gran señor, los brazos.

REY.

Con bien venga vuestra Alteza.

D. FERNANDO.

¡Ay, Don Juan, bien cierta es mi muerte!

REY.

¡Ay, Muley, mi dicha es cierta!

D. ENRIQUE.

Ya que de vuestra salud  
me informa vuestra presencia,  
para abrazar a mi hermano  
me dad, gran señor, licencia.  
¡Ay, Fernando!

D. FERNANDO.

Enrique mío,  
¿qué traje es ése? Mas deja,  
harto me han dicho tus ojos,  
nada me diga tu lengua,  
no llores, que si es decirme  
que es mi esclavitud eterna  
eso es lo que más deseo,  
albricias pedir pudieras,  
y en vez de dolor y luto,  
vestir galas y hacer fiestas;  
¿cómo está el rey, mi señor?

porque como él salud tenga  
nada siento. ¿Aun no respondes?

D. ENRIQUE.

Si repetidas las penas  
se sienten dos veces, quiero  
que una sola vez las sientas;  
tú escúchame, gran señor, (Al rey)  
que aunque esta montaña sea  
rústico palacio, aquí  
te pido me des audiencia,  
a un preso la libertad,  
y atención justa a estas nuevas.  
Rota y deshecha la armada,  
que fue con vana soberbia  
pesadumbre de las ondas,  
dejando en África presa  
la persona del Infante,  
a Lisboa di la vuelta;  
desde el punto que Duarte  
oyó tan trágicas nuevas  
de una tristeza cubrió  
el corazón, de manera  
que pasando a ser letargo  
la melancolía primera,  
desmintió, muriendo, a cuantos  
dicen que no matan penas;  
murió el Rey, que esté en el cielo.

D. FERNANDO.

¡Ay de mí! ¿Tanto le cuesta  
mi prisión?

REY.

De su desdicha  
sabe Alá lo que me pesa;  
prosigue.

D. ENRIQUE.

En su testamento  
el Rey mi señor ordena  
que luego por la persona  
del infante se dé a Ceuta,  
y así yo, con los poderes  
de Alfonso, que es quien le hereda  
(porque sólo este lucero

suplirá del Sol la ausencia)  
vengo a entregar la ciudad,  
y así... (Saca unos papeles.)

D. FERNANDO.

No prosigas, cesa,  
cesa, Enrique, porque son  
palabras indignas esas,  
no de un portugués infante,  
de un Maestre, que profesa  
de Cristo la religión;  
pero aun de un hombre lo fueran  
vil, de un bárbaro sin luz  
de la Fe de Cristo eterna.  
Mi hermano, que esté en el cielo,  
si en su testamento deja  
esta cláusula, no es  
para que se cumpla y lea,  
sino para mostrar sólo  
que mi libertad desea,  
y ésa se busque por otros  
medios y otras conveniencias,  
o apacibles, o crueles;  
porque decir "Dése a Ceuta",  
es decir, "Hasta esto, haced  
prodigiosas diligencias",  
que un rey Católico y justo  
como fuera, ¿cómo fuera  
posible entregar a un Moro  
una ciudad que le cuesta  
su sangre, pues fue el primero  
que con sola una rodela  
y una espada enarboló  
las quinas en sus almenas?;  
yo soy el que importa menos,  
que una ciudad que confiesa  
católicamente a Dios,  
la que ha merecido iglesias  
consagradas a sus cultos  
con amor y reverencia,  
¿fuera católica acción,  
fuera católica empresa,  
fuera cristiana piedad,  
fuera hazaña portuguesa  
que los templos soberanos,  
Atlantes de las esferas,

en vez de doradas cruces  
adonde el sol reverbera,  
vieran otomanas lunas,  
y que sus luces opuestas  
en la Iglesia estos eclipses  
ejecutasen tragedias?  
¿Fuera bien que sus capillas  
a ser establos vinieran,  
sus Altares a pesebres,  
y cuando aqueso no fuera  
volvieran a ser mezquitas?  
Aquí enmudece la lengua,  
aquí me falta el aliento,  
aquí me ahoga la pena,  
porque en pensarlo no más  
el corazón se me quiebra,  
el cabello se me eriza,  
y todo el cuerpo me tiembla,  
porque establos y pesebres  
no fuera la vez primera  
que hayan hospedado a Dios;  
pero en ser mezquitas fueran  
un epitafio, un padrón  
de nuestra inmortal afrenta,  
diciendo: "Aquí tuvo Dios  
posada, y hoy se la niegan  
los cristianos, para darla  
al demonio." Aun no se cuenta  
acá, moralmente hablando,  
que nadie en casa se atreva  
de otro a ofenderle, ¿era justo  
que entrara en su casa misma  
a ofender a Dios el vicio,  
y que acompañado fuera  
de nosotros, y nosotros  
le guardáramos la puerta,  
y para dejarle dentro,  
a Dios echásemos fuera?  
Los católicos que habitan  
con sus familias y haciendas,  
hoy quizá prevaricaran  
en la Fe por no perderlas.  
¿Fuera bien ocasionar  
nosotros la contingencia  
de este pecado? Los niños,  
que tiernos se crían en ella,

¿fuera bueno que los Moros  
los cristianos indujeran  
a sus costumbres y ritos  
para vivir en su secta?  
¿En mísero cautiverio  
fuera bueno que murieran  
hoy tantas vidas por una,  
que no importa que se pierda?  
¿Quién soy yo? ¿Soy más que un hombre?  
Si es número que acrecienta  
el ser Infante, ya soy  
un cautivo; de nobleza  
no es capaz el que es esclavo,  
yo lo soy, luego ya yerra  
el que Infante me llamare;  
si no lo soy, ¿quién ordena  
que la vida de un esclavo  
en tanto precio se venda?  
Morir es perder el ser,  
yo le perdí en una guerra;  
¿perdí el ser, luego morí?  
Morí, luego ya no es cuerda  
hazaña que por un muerto  
hoy tantas vidas perezcan,  
y así estos vanos poderes  
hoy divididos en piezas,  
(Quítale el pliego al REY y rómpelos y arrójalos, luego los coge y se los come.)  
serán átomos del sol,  
serán del fuego centellas;  
mas no, yo los comeré,  
porque no quede una letra  
que informe al mundo que tuvo  
la Lusitana nobleza  
este intento; Rey, yo soy (Desnúdase.)  
tu esclavo, dispón, ordena,  
de mi libertad no quiero,  
ni es posible que la tenga  
Enrique, vuelve a la patria,  
di que en África me dejas  
enterrado, que mi vida  
yo haré que muerte parezca.  
Cristianos, Fernando es muerto,  
Moros, un esclavo os queda,  
cautivos, un compañero  
hoy se añade a vuestras penas;  
cielos, un hombre restaura

vuestras divinas iglesias;  
mar, un mísero con llanto  
vuestras ondas acrecienta;  
montes, un triste os habita,  
igual ya de vuestras fieras;  
viento, un pobre con sus voces  
os duplica las esferas;  
tierra, un cadáver os labra  
en las entrañas la huesa;  
porque, Rey, hermano, moros,  
Cristianos, Sol, Luna, estrellas,  
cielo, tierra, mar y viento,  
montes, fieras, todos sepan  
que hay un príncipe constante  
y entre desdichas y penas  
la fe católica ensalza,  
la ley de Dios reverencia;  
pues cuando no hubiere otra  
razón, mas que tener Ceuta  
una iglesia consagrada  
a la Concepción eterna,  
de la que es Reina y Señora  
de los cielos y de la tierra,  
perdiera, vive ella misma,  
mil vidas en su defensa.

REY.

Desagradecido, ingrato  
a las glorias y grandezas  
de mi reino, ¿cómo así  
hoy me quitas, hoy me niegas  
lo que más he deseado?  
Mas, si en mi reino gobiernas  
más que en el tuyo, ¿qué mucho  
que la esclavitud no sientas?  
Pero ya que esclavo mío  
te nombras y te confiesas,  
como esclavo he de tratarte;  
tu hermano y los tuyos vean  
que ya, como un esclavo vil,  
ahora los pies me besas.  
(Échalo en el suelo y pónale los pies encima. Aparte todos.)

D. ENRIQUE.

¡Qué desdicha!

MULEY.  
¡Qué dolor!

D. ENRIQUE.  
¡Qué desventura!

D. JUAN  
¡Qué pena!

REY.  
Mi esclavo eres.

D. FERNANDO.  
Es verdad,  
y poco en eso te vengas,  
que si para una jornada  
salió el hombre de la tierra,  
al fin de varios caminos  
es para volver a ella,  
más tengo que agradecerte  
que culparte, pues me enseñas  
atajos para llegar  
a la posada más cerca.

REY.  
Siendo esclavo tú no puedes  
tener títulos ni rentas;  
hoy Ceuta está en tu Poder.  
Si cautivo te confiesas,  
si me confiesas por dueño,  
¿por qué no me das a Ceuta?

D. FERNANDO.  
Porque es de Dios, y no es mía.

REY.  
¿No es precepto de obediencia  
obedecer al señor?  
Pues yo te mando por ella  
que la entregues.

D. FERNANDO.  
En lo justo,  
dice el cielo que obedezca  
el esclavo a su señor;  
porque si el señor dijera

a su esclavo que pecara,  
obligación no tuviera  
de obedecerle, porque  
quien peca, mandando peca.

REY.  
Daréte muerte.

D. FERNANDO.  
Ésa es vida.

REY.  
Pues para que no lo sea,  
vive muriendo, que yo  
rigor tengo.

D. FERNANDO.  
Y yo paciencia.

REY.  
Pues no tendrás libertad.

D. FERNANDO.  
Pues no será tuya Ceuta.

### *ESCENA VIII*

Sale CELÍN

REY.  
¡Hola!

CELÍN.  
Señor...

REY.  
Luego al punto  
aqueste cautivo sea  
igual a todos; al cuello  
y a los pies le echad cadenas;  
a mis caballos acuda,  
al baño, al jardín, y sea  
abatido como todos,  
no vista ropas de seda,  
sino jerga, humilde y pobre,

coma negro pan, y beba  
agua salobre, en mazmorras  
húmedas y oscuras duerma;  
y a criados y vasallos  
se extienda aquesta sentencia  
Llevadlos todos.

D. ENR  
¡Qué llanto!

MULEY  
¡Qué desdicha!

D. JUAN.  
¡Qué tristeza!

REY.  
Veré, bárbaro, veré  
si llega a más tu paciencia  
que mi rigor.

D. FERNANDO.  
Si verás;  
porque ésta en mí será eterna. (Llévanle.)

REY.  
Enrique, por el seguro  
de mi palabra, que vuelvas  
a Lisboa te permito,  
el mar africano deja;  
di en tu patria que su infante,  
que su Maestre de Avis queda  
curándome los caballos,  
que a darle libertad venga.

D. ENRIQUE.  
Sí hará, que si yo le dejo  
en su infelice miseria,  
y me sufre el corazón  
en no acompañarle en ella,  
es porque pienso volver  
con más poder y más fuerza  
para darle libertad.

REY.  
Muy bien harás como puedas. (Vase el REY.)

MULEY.

Ya ha llegado la ocasión (Aparte)  
de que mi lealtad se vea,  
la vida debo a Fernando,  
yo le pagaré la deuda. (Vase.)

Jardín

ESCENA IX

(Sale DON FERNANDO vestido de esclavo, y CELÍN.)

CELÍN.

El rey manda que asistas  
en aqueste jardín, y no resistas  
su ley a su obediencia,

D. FERNANDO.

Mayor que su rigor es mi paciencia.

(Salen los cautivos y uno canta mientras los otros cavan en un jardín.)

CAUTIVO 1.

A la conquista de Tánger,  
contra el bárbaro Muley,  
al príncipe don Fernando  
envió su hermano el Rey.

D. FERNANDO.

¿Que un instante mi historia  
no deje de cansar a la memoria?  
Triste estoy y turbado.

CAUTIVO 2.

Cautivo, ¿cómo estáis tan descuidado?  
No lloréis, consolaos; que ya el Maestre  
dijo que volveríamos  
presto a la patria, y libertad tendremos.  
Ninguno ha de quedar en este suelo.  
(Llega a ellos.)

D. FERNANDO.

¡Que presto perderéis este consuelo! (Aparte.)

CAUTIVO 2.

Consolad los rigores,  
y ayudadme a regar aquestas flores.  
Tomad los cubos, y agua me id trayendo  
de aquel estanque.

D. FERNANDO.

Obedecer pretendo.  
Buen cargo me habéis dado,  
pues agua me pedís: que mi cuidado,  
sembrando penas, cultivando enojos,  
llenará en la corriente de mis ojos. (Vase.)

*ESCENA X*

CAUTIVO 3.

A este baño han echado  
más cautivos.

D. JUAN.

Miremos con cuidado  
si estos jardines fueron  
donde vino, o si acaso estos le vieron;  
porque en su compañía  
menos el llanto y el dolor sería,  
y mayor consuelo.  
Dígame, amigo, que te guarde el cielo,  
si viste cultivando  
este jardín al maestro D. Fernando.

CAUTIVO 2.

No, aquí no le hemos visto.

D. JUAN.

Mal el dolor y lágrimas resisto.

CAUTIVO 3.

Digo que el baño abrieron,  
y que nuevos cautivos a él vinieron.

*ESCENA XI*

Sale DON FERNANDO, con dos cubos de agua

D. FERNANDO.

Mortales, no os espante (Aparte.)  
ver un Maestro de Avis, ver un infante  
en tan mísera afrenta,  
que el tiempo estas tragedias representa.

D. JUAN.

Pues señor, ¿vuestra Alteza  
en tan mísero estado de tristeza?  
Rompa el dolor el pecho.

D. FERNANDO.

¡Válgate Dios, y qué pesar me has hecho,  
D. Juan, en descubrirme,  
que quisiera ocultarme y encubrirme  
entre mi misma gente  
sirviendo pobre y miserablemente!

CAUTIVO 1.

Señor mío, que perdonéis, humilde os pido,  
haber andado aquí tan loco y ciego.

CAUTIVO 2.

Dadnos, señor, tus pies.

D. FERNANDO.

Alzad, amigos,  
No hagáis tal ceremonia ya conmigo

D. JUAN.

Vuestra Alteza...

D. FERNANDO.

¿Qué Alteza  
ha de tener quien vive en tal bajeza?  
Ved que yo humilde vivo,  
y soy entre vosotros un cautivo.  
Ninguno así me trate,  
sino como a su igual.

D. JUAN.

¡Que no desate  
un rayo el cielo para darme muerte!

D. FERNANDO.

Don Juan, no ha de quejarse de esa suerte

un noble. ¿Quién del cielo desconfía?  
La prudencia, el valor, la bizarría  
se ha de mostrar ahora.

*ESCENA XII*

(Sale ZARA con un azafate.)

ZARA.  
Al jardín sale Fénix, mi señora,  
y manda que matices y colores  
borden este azafate con sus flores.

D. FERNANDO.  
(Toma el azafate) Yo llevárselas quiero,  
que en cuanto sea servir, seré el primero.

CAUTIVO 1.  
Ea, vamos a cogellas.

ZARA.  
Aquí os aguardo mientras vais por ellas.

(Híncanse de rodillas los esclavos.)

D. FERNANDO.  
No me hagáis cortesías;  
iguales vuestras penas y las mías  
son; pues en nuestra suerte,  
si hoy no, mañana llegan a la muerte;  
no será acción liviana  
no dejar hoy quehacer para mañana.

(Vanse todos los esclavos y FERNANDO haciéndole todos cortesía y queda ZARA y sale FÉNIX y ROSA.)

*ESCENA XIII*

FÉNIX.  
¿Mandaste que me trajesen  
las flores?

ZARA.  
Ya lo mandé.

FÉNIX.

Sus colores deseé  
para que me divirtiesen.

ZARA.

Que tales, señora, fuesen,  
creyendo tus fantasías  
tus graves melancolías

ZARA.

¿Qué te obligó a estar así?

FÉNIX.

No fue sueño lo que vi  
que fueron desdichas mías.  
Cuando sueña un desdichado  
que es dueño de algún tesoro,  
ni dudo, Zara, ni ignoro,  
que entonces es bien soñado,  
mas, si a soñar ha llegado  
en fortuna tan incierta  
que una desdicha le inquieta,  
y aquello sus ojos ven,  
y ha soñado el mal y el bien,  
y halla el bien cuando despierta,  
piedad no espero ¡ay de mí!  
porque mi mal será cierto.

ZARA.

Y, ¿qué dejas para un muerto,  
si tú lo sientes así?

FÉNIX.

Ya mis desdichas creí  
precio de un muerto. ¿Quién vio  
tal pena? No hay gusto, no.  
¡Ay, infelice mujer!  
¿Que al fin de un muerto he de ser?  
¿Quién será ese muerto?

*ESCENA XIV*

(Sale DON FERNANDO con el canastillo de flores.)

D. FERNANDO.

Yo.

FÉNIX.

¡Ay, infelice! ¿Qué veo?

D. FERNANDO.

¿Qué te admiras?

FÉNIX.

De una suerte  
me admira al oírte y verte.

D. FERNANDO.

No lo jures, yo lo creo;  
yo, pues, Fénix, que deseo  
servirte, humilde traía  
flores, de la dicha mía  
jeroglíficos, señora,  
que nacieron a la Aurora  
y murieron con el día.

FÉNIX.

A la maravilla dio  
ese nombre el descubrilla

D. FERNANDO.

¿Y qué flor no es maravilla  
cuando te la sirvo yo?

FÉNIX.

Es verdad. Di, ¿quién causó  
esta novedad?

D. FERNANDO.

Mi suerte.

FÉNIX.

¿Tan rigurosa es?

D. FERNANDO.

Tan fuerte.

FÉNIX.

Pena das.

D. FERNANDO.  
Pues no te asombre.

FÉNIX.  
¿Por qué?

D. FERNANDO.  
Porque nace el hombre  
sujeto a fortuna y muerte.

FÉNIX.  
¿No eres Fernando?

D. FERNANDO.  
Sí soy.

FÉNIX.  
¿Quién te puso así?

D. FERNANDO.  
La ley  
de esclavo.

FÉNIX.  
¿Quién la hizo?

D. FERNANDO.  
El rey.

FÉNIX.  
¿Por qué?

D. FERNANDO.  
Porque suyo soy.

FÉNIX.  
Pues, ¿no te ha estimado hoy?

D. FERNANDO.  
Y también me ha aborrecido.

FÉNIX.  
¿Un día posible ha sido  
a desunir dos estrellas?

D. FERNANDO.

Para presumir por ellas  
las flores habrán venido.  
Estas, que fueron pompa y alegría,  
despertando al albor de la mañana,  
a la tarde serán ya sombra vana  
durmiendo en brazos de la noche fría.  
Este matiz, que al cielo desafía,  
Iris listado de oro, nieve y grana,  
será escarmiento de la vida humana,  
tanto se pierde en término de un día.  
A florecer las rosas madrugaron,  
y para envejecerse florecieron,  
cuna y sepulcro en un botón hallaron.  
Tales los hombres son, fortunas vieron:  
en un día nacieron y espiraron,  
que, pasados los siglos, horas fueron.

FÉNIX.

Horror y miedo me has dado,  
ni oírte ni verte quiero,  
sé el desdichado primero  
de quien huye un desdichado

D. FERNANDO.

¿Y las flores?

FÉNIX.

(Deshace las flores.) Si has hallado  
jeroglíficos en ellas,  
deshacellas y rompellas  
sólo sabrán mis rigores.

D. FERNANDO.

¿Qué culpa tienen las flores?

FÉNIX.

Parecerse a las estrellas.

D. FERNANDO.

¿De ellas te quejas?

FÉNIX.

Ninguna  
estimo en su rosicler.

D. FERNANDO.

¿Cómo?

FÉNIX.

Nace la mujer,  
sujeta a muerte y fortuna,  
y en esa estrella importuna  
tasada mi vida vi.

D. FERNANDO.

¿Flores con estrellas?

FÉNIX.

Sí.

D. FERNANDO.

Aunque sus rigores lloro  
esa propiedad ignoro.

FÉNIX.

Escucha y sabráslo.

D. FERNANDO.

Di.

FÉNIX.

Esos rasgos de luz, esas centellas,  
que cobran con amagos superiores  
alimentos del Sol en resplandores,  
aquello viven que se duelen de ellas.  
Flores nocturnas son, aunque son bellas,  
efímeras parecen sus ardores,  
pues si un día es el siglo de las flores,  
una noche es la edad de las estrellas.  
De esa, pues, primavera fugitiva  
ya nuestro mal, ya nuestro bien se infiere,  
registro es mío, o muera el sol, o viva:  
¿Qué duración habrá que el hombre espere  
o qué mudanza habrá que no reciba  
de Astro que cada noche nace y muere?

(Vase y sale MULEY representando a media voz como recelándose.)

*ESCENA XV*

MULEY.

A que se ausentase Fénix  
en esta parte esperé,  
que el águila más amante  
huye de la luz tal vez.  
¿Estamos solos?

D. FERNANDO.  
Sí.

MULEY.  
Escucha.

D. FERNANDO.  
¿Qué quieres, noble Muley?

MULEY.  
Que sepas que hay en el pecho  
de un moro lealtad y fe;  
no sé por dónde empezar  
a declararme, no sé  
si digo cuánto he sentido  
este inconstante desdén  
del tiempo, este estrago injusto  
de la suerte, este cruel  
ejemplo del mundo, y este  
de la fortuna vaivén.  
Mas a riesgo estoy aquí  
si hablar contigo me ven,  
que tratarte sin respeto  
es ya decreto del Rey,  
y así mi dolor dejando  
la voz, que podrá más bien  
explicarse como esclavo,  
vengo a arrojarme a tus pies;  
yo lo soy tuyo, y así  
no vengo, Infante, a ofrecer  
mi favor, sino a pagar  
deuda que un tiempo cobré.  
La vida que tú me diste  
vengo a darte, que hacer bien  
es tesoro que se guarda  
para cuando es menester.  
Y porque el temor me tiene  
con grillos de miedo al pie,  
y está mi cuello y mi vida  
entre el cuchillo y cordel,

quiero, acortando discursos,  
deklararme de una vez,  
y así digo que esta noche  
tendré en la mar un bajel  
prevenido; en las troneras  
de las mazmorras pondré  
instrumentos que desarmen  
las prisiones que tenéis.  
Luego en la parte de afuera  
los candados romperé,  
tú con todos los cautivos  
que Fez encierra, hoy en él  
vuelve a tu patria seguro  
de que yo me quedo en Fez,  
pues es fácil el decir  
que ellos pudieron romper  
la prisión, y así los dos  
habremos librado bien,  
yo el honor y tú la vida,  
pues es cierto que a saber  
el Rey mi intento, me diera  
por traidor, con justa ley,  
que no sintiera el morir,  
y porque son menester,  
para granjear voluntades,  
dineros, aquí se ve  
de estas joyas reducido  
innumerable interés.  
Éste es, Fernando, el rescate  
de mi prisión, ésta es  
la obligación que te tengo,  
que un esclavo noble y fiel  
tan inmenso amor había  
de pagar alguna vez.

(El REY al paño.)

D. FERNANDO.  
Agradecerte quisiera  
la libertad, pero el Rey  
sale al jardín.

MULEY.  
¿Hate visto  
conmigo?

D. FERNANDO.

No.

MULEY.

Pues no des  
que sospechar.

D. FERNANDO.

De estos ramos  
haré rústico cancel  
que me encubra mientras pasa.

(Escóndese, y sale el REY.)

*ESCENA XVI*

REY.

¿Con tal secreto Muley (Aparte.)  
y Fernando? Y irse el uno  
en el punto que me ve,  
y disimular el otro...  
Algo hay aquí que temer.  
Sea cierto o no sea cierto  
mi temor, procuraré  
asegurar. Mucho estimo...

MULEY.

Gran señor, dame tus pies.

REY.

...hallarte aquí.

MULEY.

¿Qué me mandas?

REY.

Mucho me he sentido el no ver  
a Ceuta por mía.

MULEY.

Conquista,  
coronado de laurel,  
sus muros, que a tu valor  
mal se podrá defender.

REY.

Con más doméstica guerra,  
se ha de rendir a mis pies.

MULEY.

¿De qué suerte?

REY.

De esta suerte:  
con abatir y poner  
a Fernando en tal estado,  
que él me la llegue a ofrecer.  
Sabrás, pues, Muley amigo,  
que yo he llegado a temer  
que el príncipe don Fernando  
no está muy seguro en Fez;  
los cautivos que en estado  
tan abatido le ven,  
se lastiman, y recelo  
que se amotinen por él.  
Fuera de esto siempre ha sido  
poderoso el interés,  
que las guardas, con el oro  
son fáciles de romper.

MULEY.

(Yo quiero apoyar ahora, (Aparte.)  
que todo esto puede ser  
porque de mí no se tenga  
sospecha.) Tú temes bien,  
fuerza es que quieran librarle.

REY.

Pues sólo un remedio hallé,  
porque ninguno se atreva  
a atropellar mi poder.

MULEY.

¿Y es, señor?

REY.

Muley, que tú  
le guardes, y a cargo esté  
tuyo, a ti no han de atreverse,  
ni el temor ni el interés.  
Alcaide eres del infante,

procura guardarle bien,  
porque en cualquiera ocasión  
tú me has de dar cuenta de él.

(Vase, severo.)

MULEY.  
Sin duda alguna que oyó  
nuestros conciertos el Rey.  
¡Válgame Alá!

### *ESCENA XVII*

(Sale FERNANDO.)

D. FERNANDO.  
¿Qué te aflige?

MULEY.  
¿Has escuchado?

D. FERNANDO.  
Muy bien.

MULEY.  
Pues, ¿para qué me preguntas  
qué me aflige, si me ves  
en tan ciega confusión,  
y entre mi amigo y el Rey,  
el amistad y el honor  
hoy en batalla se ven?  
Si soy contigo leal,  
he de ser traidor al Rey;  
ingrato seré contigo  
si con él me juzgo fiel.  
¿Qué he de hacer? Valedme, Cielos,  
pues al mismo que llegué  
a rendir la libertad  
me entrega, para que esté  
seguro en mi confianza.  
¿Qué he de hacer, si ha echado el Rey  
llave maestra al secreto?  
Mas para acertarlo bien,  
te pido que me aconsejes.  
Dime tú: ¿qué debo hacer?

D. FERNANDO.

Muley, honor y amistad  
en grado inferior se ven  
con la lealtad y el honor;  
nada iguala con el Rey,  
él solo es igual contigo,  
y así mi consejo es  
que a él le sirvas y me faltes;  
tu amigo soy, y porque  
esté seguro tu honor  
yo me guardaré también,  
que aunque otro llegue a ofrecerme  
libertad, no aceptaré  
la vida, porque tu honor  
seguro conmigo esté.

MULEY.

Fernando, no me aconsejas  
tan leal como cortés;  
sé que te debo la vida  
y que pagártela es bien;  
y así lo que está tratado  
esta noche dispondré;  
líbrate tú, que mi vida  
se quedará a padecer  
en la muerte, vete tú,  
que nada temo después.

D. FERNANDO.

¿Y será justo que yo  
sea tirano y cruel  
con quien conmigo es piadoso,  
y mate el honor cruel  
que a mí me está dando vida?  
Pero yo te quiero hacer  
juez de mi causa, y mi vida  
aconsejarme también.  
¿Tomaré la libertad  
de quien queda a padecer  
por mí? ¿Dejaré que sea  
vano por su honor cruel  
por ser liberal conmigo?  
¿Qué me aconsejas?

MULEY.

No sé,  
que no me atrevo a decir  
ya sí ni no, el no porque  
me pesará si lo digo;  
y el sí porque echo de ver  
si digo a decir que sí,  
que no te aconsejo bien.

D. FERNANDO.

Sí aconsejas, porque yo  
por mi Dios y por mi ley  
seré un príncipe constante  
en la esclavitud de Fez. (Vanse.)

(Fin de la segunda jornada del PRÍNCIPE CONSTANTE.)

## JORNADA TERCERA

### ESCENA I

(Salen MULEY y el REY solos.)

MULEY.

(Ya que socorrer no espero (Aparte)  
por tantas partes al Rey  
con don Fernando hacer quiero  
sus ausencias, que es más ley  
de un amigo verdadero.)  
Señor, pues yo te serví  
en tierra y mar, como sabes,  
si en tu gracia merecí  
lugar, en penas tan graves  
atento me escucha.

REY.

Di.

MULEY.

Fernando...

REY.

No digas más.

MULEY.

¿Posible es que no me oirás?

REY.

No, que en diciendo Fernando  
ya me ofendes.

MULEY.

¿Cómo? ¿Cuándo?

REY.

Como ocasión no me das  
de hacer lo que me pidieres  
cuando me ruegas por él.

MULEY.

Si soy su guarda, ¿no quieres,  
señor, que dé cuenta de él?

REY.

Di, pero piedad no esperes.

MULEY.

Fernando, cuya importuna  
suerte, sin piedad ninguna  
vive, a pesar de la fama,  
tanto, que el mundo le llama  
el monstruo de la fortuna.  
Examinando el rigor,  
mejor dijera el poder  
de tu corona, señor,  
hoy a tan mísero ser  
le ha traído su valor,  
que en un lugar, arrojado  
tan humilde y desdichado  
que es indigno de tu oído,  
enfermo, pobre y tullido,  
piedad pide al que ha pasado,  
porque como le mandaste  
que en las mazmorras durmiese,  
que en los baños trabajase,  
que tus caballos curase  
y nadie a comer le diese,  
a tal extremo llegó,  
como era su natural  
tan flaco, que se tulló,

y así, a la fuerza del mal  
brío y majestad rindió,  
pasando la noche fría  
en una mazmorra dura,  
constante en su fe porfía  
y al salir la lumbre pura  
del sol, que es padre del día,  
los cautivos (Aparte.) (pena fiera)  
en una mísera estera  
le ponen en tal lugar  
que es, ¿dirélo?, un muladar,  
porque es su olor de manera  
que nadie puede sufrirle  
junto a su casa, y así,  
todos dan en despedirle,  
y ha venido a estar allí  
sin hablarle y sin oírle  
ni compadecerse de él  
sólo un criado y un fiel,  
caballero en pena extraña  
le consuela y acompaña  
aqueste parte con él  
su porción tan sin provecho,  
que para uno sólo es poca,  
pues cuando los labios toca  
se suele pasar al pecho  
sin que lo sepa la boca:  
y aun a estos dos los castiga  
tu gente por la piedad  
que al dueño tiene, y obliga;  
mas no hay rigor ni crueldad,  
por más que ya los persiga,  
que de él los pueda apartar,  
y mientras uno va a buscar  
de comer, el otro queda,  
no hay quien consolarle pueda  
en su desdichada y pesar.  
Acaba ya rigor tanto,  
ten del Príncipe, señor,  
ya que no piedad, horror;  
asombro, ya que no llanto.

REY.

Bien está, Muley.

*ESCENA II*

(Sale FÉNIX.)

FÉNIX.

Señor,  
si ha merecido en tu amor  
gracia alguna tu humildad,  
hoy a vuestra Majestad  
vengo a pedir un favor.

REY.

¿Qué podré negarte a ti?

FÉNIX.

Fernando, el Maestre...

REY.

Está bien,  
ya no hay que pasar de ahí.

FÉNIX.

Horror da a cuantos le ven  
en tal estado; de ti  
sólo merecer quisiera...

REY.

Deténte, Fénix, espera:  
¿Quién a Fernando le obliga  
para que su muerte siga,  
para que infelice muera,  
si por ser cruel y fiel  
a su fe, sufre castigo  
tan dilatado y cruel?  
Él es el cruel consigo,  
que yo no lo soy con él.  
¿No está en su mano salir  
de esa miseria y vivir?  
Pues eso en su mano está,  
entregue a Ceuta, y saldrá  
de padecer y sentir  
Tantas penas y rigores

*ESCENA III*

(Sale CELÍN.)

CELÍN.

Licencia, señor, de hablarte  
piden dos embajadores.  
De Tarudante uno es,  
y el otro portugués  
Alfonso.

FÉNIX.

¿Viose desdichas mayores? (Aparte.)  
(Sin duda que por mí envía  
Tarudante.)

MULEY.

Hoy perdí, cielos, (Aparte.)  
la esperanza que tenía,  
mátenme; amistad y celos,  
todo lo perdí en un día.

REY.

Entren pues; en este estrado,  
Fénix, conmigo te asienta.

#### *ESCENA IV*

(Siéntanse en un estrado con almohadas que ha de haber al paño, y salen ALFONSO, rey de Portugal, muy mozo, y TARUDANTE, rey de Marruecos, también mozo, cada uno por su lado como embajadores y dicen aparte cada uno.)

TARUDANTE.

Generoso Rey de Fez...

ALFONSO.

Rey de Fez altivo y fuerte...

TARUDANTE.

Cuya fama...

ALFONSO.

Cuya vida...

TARUDANTE.

Nunca muera...

ALFONSO.  
Viva siempre...

TARUDANTE.  
Y tú, de aquel sol aurora... (A Fénix.)

ALFONSO.  
Tú de aquel ocaso oriente...

TARUDANTE.  
A pesar de siglos dures...

ALFONSO.  
A par de los tiempos reines...

TARUDANTE.  
Porque tengas...

ALFONSO.  
Porque goces

TARUDANTE.  
Felicidades...

ALFONSO.  
Laureles...

TARUDANTE.  
Altas dichas...

ALFONSO.  
Triunfos grandes...

TARUDANTE.  
Pocos males...

ALFONSO.  
Muchos bienes...

TARUDANTE.  
¿Cómo, mientras hablo yo,  
tú, cristiano, a hablar te atreves?

ALFONSO.  
Porque nadie habla primero  
que yo, donde yo estuviere.

TARUDANTE.

A mí, por ser de nación  
alarbe, lugar me debe  
primero, que los extraños,  
donde hay propios, no prefieren.

ALFONSO.

Donde saben cortesías  
sí hacen, pues vemos siempre,  
que dan, en cualquiera parte,  
el mejor lugar al huésped.

TARUDANTE.

Cuando esa razón lo fuera  
aun no pudiera vencerme,  
porque el primero lugar  
sólo se le debe al huésped.

REY.

Ya basta, y los dos ahora  
en mis estrados se sienten;  
hable el portugués, que al fin  
por de otra ley se le debe  
más honor.

TARUDANTE.

Corrido estoy. (Aparte.)  
(Siéntanse en el estrado los dos.)

ALFONSO.

Ahora yo seré breve.  
Alfonso de Portugal,  
rey famoso, a quien celebre  
la fama en lenguas de bronce  
a pesar de envidia y muerte,  
salud te envía, y te ruega,  
que pues libertad no quiere  
Fernando, como a su tío  
la ciudad de Ceuta cueste,  
que remitas su valor  
hoy a cuantos intereses  
el más avaro codicia,  
el más liberal desprecie.  
Y que dará, en plata y oro,  
tanto precio como pueden

valer dos ciudades; esto  
te pide amigablemente.  
Pero, si no se le entregas,  
que ha de librarle promete  
por armas, a cuyo efecto  
ya sobre la espalda leve  
del mar, ciudades fabrica  
de mil armados bajeles;  
y jura que, a sangre y fuego  
ha de librarle y vencerte,  
dejando aquestas campañas  
llenas de sangre, de suerte  
que cuando el sol se levante  
halle los matices verdes  
esmeraldas, y los pierda  
rubíes cuando se acueste.

TARUDANTE.

Aunque como embajador  
no me toca responderte,  
en cuanto toca a mi rey,  
puedo, cristiano, atreverme,  
porque ya es tuyo este agravio,  
como hijo que obedece  
al rey mi señor, y así  
decir de su parte puedes  
a don Alonso, que venga,  
porque en término más breve  
que hay de la noche a la aurora  
vea en púrpura caliente  
agonizar estos campos,  
tanto, que los cielos piensen  
que se olvidaron de hacer  
otras flores y claveles.

ALFONSO.

Si fueras, moro, mi igual,  
pudiera ser que se viera  
reducida esa victoria  
a dos jóvenes valientes;  
mas dile a tu rey que salga,  
si ganar fama pretende,  
que yo haré que salga el mío.

TARUDANTE.

Casi has dicho que lo eres,

y siendo así, Tarudante  
sabr  también responderte.

ALFONSO.  
Pues en campaña te espero.

TARUDANTE.  
Yo har  que poco me esperes,  
porque soy rayo.

ALFONSO.  
Yo viento.

TARUDANTE.  
Volcán soy, que llamas vierte.

ALFONSO.  
Hidra soy, que fuego arroja.

TARUDANTE.  
Yo soy furia.

ALFONSO.  
Yo soy muerte.

TARUDANTE.  
 Que no te espantes de oírme?

ALFONSO.  
 Que no te mueras de verme?

REY.  
Señores, vuestras Altezas,  
ya que los enojos pueden  
correr al sol las cortinas  
que le embozan y oscurecen,  
advertan que en tierra mía  
campo aplazarse no puede  
sin mí, y así yo le niego,  
para que tiempo me quede  
de servirlos.

ALFONSO.  
No recibo  
yo hospedajes ni mercedes  
de quien recibo pesares,

por Fernando vengo, el verle  
me obligó el llegar a Fez  
disfrazado de esta suerte;  
antes de entrar en tu corte  
supe que a esta quinta alegre  
asistías, y así vine  
a hablarte, porque fin diese  
la esperanza que me trajo,  
y pues tan mal me sucede,  
advierte, señor, que sola  
la respuesta me detiene.

REY.

La respuesta, rey Alfonso,  
será compendiosa y breve:  
si tú no me das a Ceuta  
no hayas miedo que le lleves.

ALFONSO.

Pues ya he venido por él,  
y he de llevarle: prevente  
para la guerra que aplazo.  
Embajador, o quien eres,  
veámonos en campaña.  
Hoy toda el África tiemble. (Vase.)

*ESCENA V*

TARUNDANTE.

Ya que no pude lograr  
la fineza, hermosa Fénix,  
de serviros como esclavo,  
logre al menos la de verme  
a vuestros pies; dad la mano  
a quien un alma os ofrece.

FÉNIX.

Vuestra Alteza, gran señor,  
finezas ni honras no aumente  
a quien le estima, pues sabe  
lo que a sí mismo se debe.

MULEY.

(¿Qué espera quien esto llegue (Aparte.)  
a ver y no se da muerte?)

REY.

Ya que vuestra Alteza vino  
a Fez impensadamente,  
perdone del hospedaje  
la cortedad.

TARUDANTE.

No consiente  
mi ausencia más dilación  
que la de un plazo muy breve;  
y supuesto que venía  
mi embajador con poderes  
para llevar a mi esposa,  
como tú dispuesto tienes,  
no por haberlo yo sido  
mi fineza desmerece  
la brevedad de la dicha.

REY.

En todo, señor, me vences,  
y así, por pagar la deuda,  
como porque se previenen  
tantas guerras, es razón  
que desocupado quede  
de estos cuidados, y así  
volverse luego conviene,  
antes que ocupen el paso  
las amenazadas huestes  
de Portugal.

TARUDANTE.

No importara,  
porque yo vengo con gente  
y ejército numeroso,  
tal que esos campos parecen  
ciudades, más que desiertos,  
y volveré brevemente  
con ella a ser tu soldado.

REY.

Pues luego es bien que se apreste  
la jornada; pero en Fez  
será bien con Fénix que entres  
a alegrar esta ciudad,  
pues toda desea verte.  
Muley...

MULEY.

Señor, ¿qué me mandas?

REY.

Prevente

que con la gente de guerra

has de ir sirviendo a Fénix

hasta que quede segura

y con su esposo la dejes. (Vanse los tres.)

MULEY.

Esto sólo me faltaba,

para que estando yo ausente,

aun le falte mi socorro

a Fernando, y no le quede

esta pequeña esperanza. (Vase.)

Una calle de Fez

#### *ESCENA VI*

(Sacan D. JUAN y otros cautivos al infante DON FERNANDO, y le sientan en una estera.)

D. FERNANDO.

Ponedme en aquesta parte

para que goce mejor

la luz que el cielo reparte.

¡Oh inmenso y dulce Señor

qué de gracias debo darte!

Cuando como yo se veía

Job, el día maldecía,

mas era por el pecado

en que había sido engendrado,

pero yo bendigo el día

por la gracia que nos da

Dios en él, pues claro está

que cada hermoso arbol

y cada rayo del sol,

lengua de fuego será.

con que le alabo y bendigo.

BRITO.

Señor, ¿estás bien así?

D. FERNANDO.

Mejor que merezco, amigo.  
¡Qué de piedades aquí,  
oh señor, usáis conmigo  
que nunca yo merecí!  
Cuando acaban de sacarme  
de un calabozo, me dais  
un sol para calentarme.  
Liberal, Señor, estáis.

CAUTIVO 1.

Sabe el Cielo si quedarme  
y acompañaros quisiera,  
mas ya veis que nos espera  
el trabajo.

D. FERNANDO.

Hijos, adiós.

CAUTIVO 2.

¡Qué pesar!

CAUTIVO 3.

¡Qué ansia tan fiera!

D. FERNANDO.

¿Quedáis conmigo los dos?

D. JUAN.

Yo también te he de dejar.

D. FERNANDO.

¿Qué haré yo sin tu favor?

D. JUAN.

Presto volveré, señor,  
que sólo voy a buscar  
algo que comas, porque  
después que Muley se fue  
de Fez, nos faltó en el suelo  
todo el humano consuelo;  
pero con todo eso iré  
a procurarle, si bien  
imposibles solicito,  
porque ya cuantos me ven,

por no ir contra el edicto,  
que manda que no te den  
ni agua, tampoco a mí  
me venden nada, señor,  
por ver que te asisto a ti;  
que a tanto llega el rigor  
de la suerte. Pero aquí  
gente viene.

D. FERNANDO.  
¡Oh, si pudiera  
mi voz mover a piedad  
a alguno, porque siquiera  
un instante más viviera  
padeciendo...!

#### *ESCENA VII*

(Salen el REY, TARUDANTE, FÉNIX y ZELÍN.)

CELÍN.  
Gran señor,  
Por una calle has venido  
que es fuerza que hayas de ver  
del Infante y advertido.

REY.  
Acompañarte he querido  
porque mi grandeza veas.

TARUDANTE.  
Siempre mis honras veas.

D. FERNANDO.  
Dadle de limosna hoy (En voz alta.)  
a este pobre algún sustento.  
Mirad que hombre humano soy,  
y que afligido y hambriento  
muriendo de hambre estoy;  
hombres, doleos de mí  
que una fiera de otra fiera  
se compadece.

BRITO.  
Ya aquí

no hay pedir de esa manera

D. FERNANDO.  
¿Cómo he de decir?

BRITO.  
Así:  
moros, tened compasión,  
y algo que este pobre coma  
le dad en esta ocasión  
por el santo zancarrón  
del gran profeta Mahoma.

REY.  
Que tenga fe en este estado  
tan mísero y desdichado,  
más me ofende y más me infama.  
infante, Maestre.

BRITO.  
El Rey llama.

D. FERNANDO.  
¿A mí?, te has engañado,  
ni infante ni Maestre soy;  
el cadáver suyo sí,  
porque en tal estado estoy,  
que aunque Infante y Maestre fui,  
no es ése mi nombre hoy.

REY.  
Pues no eres Maestre ni infante,  
respóndeme a mí, Fernando.

D. FERNANDO.  
Ahora, aunque me levante (Va arrastrando.)  
de la tierra, iré arrastrando  
a besar tus pies.

REY.  
Constante (Aparte.)  
te muestras a mi pesar.  
¿Es humildad o valor  
esta obediencia?

D. FERNANDO.

Es mostrar  
cuánto debe respetar  
el vasallo a su señor,  
y pues que tu esclavo soy  
y estoy en presencia tuya,  
esta vez tengo de hablarte,  
mi rey, mi señor, escucha;  
rey te llamé, y aunque seas  
de otra ley, es tan augusta  
de los reyes la deidad,  
tan fuerte y tan absoluta,  
que engendra ánimo piadoso  
y así es forzoso que acudas  
a la sangre generosa  
con piedad, y con cordura,  
que aun entre brutos y fieras  
este nombre es de tan suma  
autoridad, que la ley  
de naturaleza ajusta  
obediencias, y así vemos  
en repúblicas incultas  
al león rey de las fieras,  
que cuando la frente arruga  
de guedejás, se corona;  
es piadoso, pues que nunca  
hizo presa en él, rendido,  
en las saladas espumas  
del mar el delfín, que es rey  
de los peces, le dibujan  
escamas de plata y oro  
sobre la espalda cerúlea  
coronas, y así se vio,  
de una tormenta importuna  
sacar los hombres a tierra  
porque el mar no los consuma.  
El águila caudalosa,  
a quien copete de plumas  
riza el viento en sus esferas  
de cuantas aves saludan  
al sol, es emperatriz,  
y con piedad noble y justa,  
porque brindando no beba  
el hombre entre plata pura  
su muerte, que en los cristales  
mordió la ponzoña dura  
del áspid con pico y alas

borra, deshace y enturbia,  
aun entre platas y piedras  
se dilata y se divulga  
este imperio; la granada,  
a quien coronan las puntas  
de una corteza, en señal  
de que es reina de las frutas,  
envenenada marchita  
los rubíes que la ilustran,  
y los convierte en topacios,  
color desmayada y mustia;  
el diamante, a cuya vida  
aun el imán ejecuta  
su propiedad, que por rey  
esta obediencia le jura  
tan noble, que la traición  
del dueño no disimula;  
y la dureza imposible  
de que buriles la pulan,  
se deshace entre sí misma  
vuelta en cenizas menudas.  
Pues si entre fieras y peces,  
plantas, piedras y aves usan  
esta majestad de rey,  
la piedad, no será injusta  
entre los hombres, señor,  
porque el ser no te disculpa  
de otra ley, que la crueldad  
en cualquiera ley es una.  
No quiero compadecerte  
con mis lástimas y angustias,  
para que me des la vida,  
que mi voz no la procura,  
que bien sé que he de morir  
de esta enfermedad que turba  
mis sentidos, que mis miembros  
discurre, helada y caduca;  
bien sé que herido de muerte  
estoy, porque no pronuncia  
voz la lengua, cuyo aliento  
no sea una espada aguda;  
bien sé al fin que soy mortal,  
y que no hay hora segura,  
y por eso dio una forma  
con una materia en una  
semejanza la razón

al ataúd y a la cuna;  
acción nuestra es natural,  
cuando recibir procura  
algún hombre alzar las manos  
(Alza las manos.)  
en esta materia juntas,  
mas cuando quiere arrojarlo  
de aquella misma acción usa,  
pues las vuelve boca abajo,  
porque así las desocupa  
el mundo cuando nacemos,  
en señal de que nos busca;  
en la cuna nos recibe  
y en ella nos asegura  
boca arriba; pero cuando,  
o con desdén o con furia  
quiere arrojarnos de sí,  
vuelve las manos que junta,  
y aquel instrumento mismo  
forma mi materia muda,  
pues fue boca arriba cuna  
lo que boca abajo es tumba.  
Tan cerca vivimos pues  
de nuestra muerte, tan juntas  
tenemos cuando nacimos,  
el lecho como la cuna;  
¿qué aguarda quien esto oye?  
Quien esto sabe, ¿qué busca?  
Claro está que no será  
la vida, no admite duda;  
la muerte sí, ésta te pido,  
porque los cielos me cumplan  
un deseo de morir  
por la Fe, que aunque presumas  
que esto es desesperación,  
porque el vivir me disgusta,  
no es sino afecto de dar  
la vida en defensa justa  
de la fe, y sacrificar  
a Dios la vida y alma juntas;  
y así aunque pida la muerte  
el efecto me disculpa,  
y si la piedad no puede  
vencerte, el rigor presuma  
obligarte; ¿eres león?  
pues ya será bien que rujas

y despedaces a quien  
te ofende, agravia e injuria.  
¿Eres águila? Pues hiere  
con el pico y con las uñas  
a quien su nido deshace.  
¿Eres delfín? Pues anuncia  
tormentas al marinero  
que el mar de este mundo surca  
¿eres árbol real? Pues muestra  
todas las ramas desnudas  
a la violencia del tiempo,  
que ira de Dios ejecuta;  
¿eres diamante? Hecho polvos  
sé pues venenosa furia  
y cánsate, porque yo,  
aunque más tormentas sufra,  
aunque más rigores vea,  
aunque llore más angustias,  
aunque más miserias pase,  
aunque halle más desventuras,  
aunque más hambre padezca,  
aunque mis carnes no cubran  
estas ropas, y aunque sea  
mi esfera esta estancia sucia,  
firme he de estar en mi fe,  
porque es el sol que me alumbró,  
porque es la luz que me guía,  
es el laurel que me ilustra;  
no has de triunfar de la Iglesia,  
de mí, si quisieres, triunfa;  
Dios defenderá mi causa,  
pues yo defiendo la suya.

REY.

¿Posible es que en tales penas  
blasones y te consueles?  
Siendo propias, ¿qué condenas,  
no me duelan, siendo ajenas,  
Si tú de ti no te dueles?  
Mas pues tu muerte causó  
tu propia mano, y yo no,  
no esperes piedad de mí;  
ten tú lástima de ti,  
Fernando, y tendrála yo. (Vase.)

D. FERNANDO.

Señor, vuestra Majestad  
me valga.

TARUDANTE.  
¡Qué desventura! (Vase.)

D. FERNANDO.  
Si es alma de la hermosura  
esta divina deidad,  
vos, señora, me amparad  
con el Rey.

FÉNIX.  
¡Qué gran dolor!

D. FERNANDO.  
¿Aun no me miráis?

FÉNIX.  
¡Qué horror!

D. FERNANDO.  
Hacéis bien, que vuestros ojos  
no son para ver enojos.

FÉNIX.  
¡Qué lástima, qué dolor!

D. FERNANDO.  
Pues, aunque no me miréis,  
y ausentáros intentéis  
señora, es bien que sepáis,  
que aunque tan bella os juzgáis  
que más que yo no valéis,  
y quizá yo valgo más.

FÉNIX.  
Horror con tu voz me das,  
y con tu aliento me hieres;  
déjame, hombre, ¿qué me quieres,  
que no puedo sentir más?

### *ESCENA VIII*

(Sale D. JUAN con un pan en la mano.)

D. JUAN.

Por alcanzar este pan  
que traerte, me han seguido  
los moros, y me han herido  
con los palos que me dan.

D. FERNANDO.

Ésa es la herencia de Adán.

D. JUAN

Tomale.

D. FERNANDO.

Ya, amigo leal,  
llegas tarde, que mi mal  
es mortal.

D. JUAN.

Déme el cielo  
en tantas penas consuelo.

D. FERNANDO.

Pero, ¿qué mal no es mortal  
si mortal el hombre es,  
y en este confuso abismo  
la enfermedad de sí mismo  
le viene a matar después?  
Hombre, mira que no estés  
descuidado, la verdad  
sigue, que hay eternidad  
y otra enfermedad no esperes  
que te avise, pues tú eres  
tu mayor enfermedad;  
pisando la tierra dura  
de continuo el hombre está,  
y cada paso que da  
es sobre su sepultura;  
triste ley, sentencia dura  
es saber que, en cualquier caso  
cada paso, gran fracaso,  
es para andar adelante,  
y Dios no es a hacer bastante  
que no haya dado aquel paso;  
amigos, a mi fin llevo,  
llevadme luego en los brazos.

D. JUAN.  
Serán los últimos lazos  
de mi vida.

D. FERNANDO.  
Lo que os ruego,  
noble D. Juan, es que luego  
que expire, me desnudéis,  
que en la mazmorra hallaréis  
de mi religión el manto,  
que le traje tiempo tanto;  
con éste me enterraréis  
descubierto, si el Rey fiero  
ablanda la saña dura  
dándome la sepultura,  
ésta señalad, que espero,  
que aunque hoy cautivo muero,  
rescatado he de gozar  
el sufragio del altar,  
que, pues yo os he dado a vos  
tantas iglesias, mi Dios,  
alguna me habéis de dar.  
(Llévanle en brazos.)  
Playa distante de la ciudad de Fez. Es de noche.

#### *ESCENA IX*

(Salen el rey DON ALONSO y soldados con arcabuces.)

ALFONSO.  
Dejad a la inconstante  
playa azul esa máquina arrogante  
de naves, que causando al cielo asombros,  
el mar sustenta en sus nevados hombros,  
y en estos horizontes  
aborten gentes los preñados montes  
del mar, siendo con máquinas de fuego  
cada bajel un edificio griego.

#### *ESCENA X*

(Sale D. ENRIQUE.)

D. ENRIQUE.

Señor, tú no quisiste que saliera  
nuestra gente de Fez en la ribera,  
y este puesto escogiste  
para desembarcar; infeliz fuiste,  
porque por una parte  
marchando viene el numeroso Marte,  
cuyo ejército al viento desvanece  
y los collados de los montes crece;  
Tarudante conduce gente tanta,  
llevando a su mujer, Fénix, la infanta  
de Fez, hacia Marruecos; (Disparan.)  
mas responden las lenguas de los ecos.

ALFONSO.

Enrique a eso he venido  
a esperarle a este paso, que no ha sido  
esta elección acaso, prevenida  
estaba, y la razón está entendida;  
si yo a desembarcar a Fez llegara,  
esta gente y la suya en ella hallara,  
y estando divididos,  
hoy con menos poder están vencidos,  
y antes que se prevenga,  
Toca al arma.

D. ENRIQUE.

Señor, advierte y mira,  
que es sin tiempo esta guerra.

ALFONSO.

Ya mi ira  
ningún consejo alcanza;  
no se dilate un punto esta venganza;  
entre en mi brazo fuerte  
por África el azote de la muerte.

D. ENRIQUE.

Mira que ya la noche,  
envuelta en sombras, el luciente coche  
del sol esconde entre las sombras puras.

ALFONSO.

Pelearemos a oscuras,  
que a la fe que me anima,  
ni el tiempo ni el poder la desanima;

Fernando, si el martirio que padeces,  
pues es suya la causa, a Dios le ofreces,  
cierta está la victoria,  
mío será el honor, tuya la gloria.

D. ENRIQUE.  
Tu orgullo altivo yerra,

*ESCENA XI*

(Dentro D. FERNANDO.)

D. FERNANDO.  
¡Embiste, gran Alfonso! ¡Guerra, guerra!  
(Tocan clarines.)

ALFONSO.  
¿Oíste confusas voces  
romper los vientos tristes y veloces?

D. ENRIQUE.  
Sí, y en ellos se oyeron  
trompetas, que a embestir señal hicieron.

ALFONSO.  
Pues a embestir, Enrique, que no hay duda  
que el cielo nos ayuda.

(Sale DON FERNANDO de gala, con manto de su orden de comulgar y una hacha encendida en la mano, en un bofetón por alto o por el tablado, como quisieren, y dice.)

D. FERNANDO.  
Sí, no hay duda,  
porque obligado el cielo  
que vio tu fe, tu religión, tu celo,  
hoy tu causa defiende,  
librarme a mí de esclavitud pretende,  
porque por raro ejemplo  
por tantos templos, Dios me ofrece un templo,  
y con esta luciente  
antorcha desasida del Oriente,  
tu ejército arrogante  
alumbrando he de ir siempre delante,  
para que hoy en trofeos,  
iguales, grande Alfonso, tus deseos,

llegues a Fez, no a coronarte ahora,  
sino a librar mi ocaso en el aurora. (Vase.)

D. ENRIQUE.

Dudando estoy, Alfonso, lo que veo.

D. ALFONSO.

Yo no, todo lo creo;  
y si es de Dios la gloria,  
no digas guerra ya, sino victoria.

### *ESCENA XII*

(Vanse, descúbrese en el muro un ataúd cubierto con un paño negro y D. JUAN a su lado,  
y salen el REY y CELÍN por bajo.)

D. JUAN.

Bárbaro, gózate aquí  
de que tirano quitaste  
la mejor vida.

REY.

¿Quién eres?

D. JUAN.

Un hombre, que aunque me maten,  
no he de dejar a Fernando,  
y aunque de congoja rabie,  
he de ser perro leal  
que en muerte he de acompañarle.

REY.

Cristianos, ese es padrón  
que a las futuras edades  
informe de mi justicia,  
que rigor no ha de llamarse,  
venganza de agravios hechos  
contra personas reales  
venga ahora, Alfonso, venga  
con arrogancia a sacarle  
de esclavitud, que aunque yo  
perdí esperanzas tan grandes  
de que Ceuta fuese mía,  
porque las pierda arrogante  
de su libertad, me huelgo

de verle en estrecha cárcel,  
aun muerto no ha de estar libre  
de mis rigores notables,  
y así, puesto a la vergüenza  
quiero que esté a cuantos pasen.

D. JUAN.

Presto verás tu castigo,  
que por campañas y mares  
ya descubro desde aquí  
mil cristianos estandartes.

REY.

Subamos a la muralla  
a saber sus novedades.

D. JUAN.

Arrastrando las banderas  
y destemplados los parches  
muertas las cuerdas y luces  
todas son tristes señales.

### ESCENA XIII

Tocan cajas destempladas; sale DON FERNANDO delante, con un hacha encendida, y detrás DON ALFONSO, DON ENRIQUE, y soldados, que traen presos a TARUNDANTE, FÉNIX y MULEY; después EL REY y CELÍN.

D. FERNANDO.

En el horror de la noche,  
por sendas que nadie sabe,  
te guié, y ya con el Sol  
pardas nubes se deshacen.  
Victorioso, gran Alfonso,  
de esta batalla quedaste;  
éste es el muro de Fez,  
trata en él de mi rescate. (Vase.)

ALFONSO.

¡Ah de los muros, decid  
al rey que salga a escucharme.  
(El REY moro y CELÍN al muro.)

REY.

¿Qué quieres, valiente joven?

ALFONSO.

Que me entregues al Infante  
al Maestre Don Fernando,  
y te daré por rescate  
a Tarudante y a Fénix,  
que presos están delante.  
Escoge lo que quisieres:  
morir Fénix o entregarle.

REY.

¿Qué he de hacer, Zelín amigo?  
¡Qué confusiones tan grandes!  
Fernando es muerto, y mi hija  
está en su poder. ¡Mudable  
condición de la Fortuna  
que a tal extremo me trae!

FÉNIX.

¿Qué es esto, señor? Pues viendo  
mi persona en este trance,  
mi vida en este peligro,  
mi honor en este combate,  
¿dudas qué has de responder?  
Un minuto ni un instante  
de dilación no permite  
el deseo de librarme;  
en tu mano está mi vida,  
¿y consientes, (¡pena grave!)  
que la mía (¡dolor fiero!)  
injustas prisiones aten?  
De tu voz está pendiente  
mi vida (¡rigor notable!)  
¿y permites que la mía  
turbe la esfera del aire?  
A tus ojos ves mi cuello  
rendido a un desnudo alfanje,  
¿y consientes que los míos  
tiernas lágrimas derramen?  
Siendo Rey ¿has sido fiera?  
Siendo padre fuiste áspid;  
Siendo juez eres verdugo:  
ni eres rey, juez, ni padre.

REY.

Fénix, no es la dilación

de la respuesta negarte  
la vida, cuando los cielos  
quieren que contigo acabe;  
y puesto que ya es forzoso  
que una y otra se dilate,  
sabe, Alfonso, que a la hora  
que Fénix le vio ayer tarde,  
con el sol llegó al ocaso  
sepultándose en dos mares,  
de la muerte y de la espuma  
juntos el sol y el Infante;  
esa caja humilde y breve  
es de su cuerpo el engaste;  
da la muerte a Fénix bella,  
venga tu sangre en mi sangre.

FÉNIX.

¡Ay de mí! Ya mi esperanza  
de todo punto se acabe.

REY.

Ya no me queda remedio  
para vivir un instante.

D. ENRIQUE.

¡Válgame el cielo, qué escucho!  
¡Qué tarde, cielos, qué tarde  
le llegó la libertad!

ALFONSO.

No digas tal, que si antes  
Fernando en sombras nos dijo  
que de esclavitud le saque  
por su cadáver lo dijo,  
porque goce su cadáver,  
por muchos templos, un templo,  
y a él se ha de hacer el rescate.  
Rey de Fez, porque no pienses  
que muerto Fernando vale  
menos que aquesta hermosura,  
por él cuando muerto yace  
te la trueco, envía pues  
la nieve por los corrales,  
el Enero por los mayos,  
las rosas por los diamantes,  
y en fin, un muerto infelice

por una divina imagen.

REY.

¿Qué dices, invicto Alfonso?

ALFONSO.

Que esos cautivos le bajen.

FÉNIX.

Precio soy de un cuerpo muerto,  
cumplió el cielo su homenaje.

REY.

Por el muro descolgad  
el ataúd y entregadle  
que para hacer las entregas  
a sus pies voy a arrojarme.

(Vase, y arrojan el ataúd con cuerdas por el muro)

ALFONSO.

En mis brazos os recibo  
divino príncipe mártir.

D. ENRIQUE.

Yo hermano, aquí te respeto.

#### *ESCENA XIV*

(Salen el rey DON JUAN y cautivos.)

D. JUAN.

Dame, invicto Alfonso, dame  
la mano.

ALFONSO.

D. Juan amigo,  
¡buena cuenta del Infante  
me habéis dado!

D. JUAN.

Hasta su muerte  
le acompañé, hasta mirarle  
libre, vivo y muerto estuve  
con él, mirad dónde yace.

(Abren el ataúd.)

ALFONSO.

Dadme, tío, vuestra mano,  
que aunque necio e ignorante  
a sacaros del peligro  
vine, gran señor, tan tarde  
en la muerte, que es mayor,  
se muestran las amistades.  
En un templo soberano  
haré depósito grave  
de vuestro dichoso cuerpo.  
A Fénix y a Tarudante  
te entrego, Rey, y te pido  
que aquí con Muley la cases,  
por el amistad que sé  
que tuvo con el infante.  
Ahora llegad, cautivos,  
vuestro infante ved, llevadle  
en hombros hasta la armada.

REY.

Todos es bien le acompañen.

ALFONSO.

Al son de dulces trompetas,  
y templadas cajas marchen  
al ejército, con orden  
de entierro, para que acabe,  
pidiendo perdón humilde  
aquí de sus yerros grande  
el lusitano Fernando,  
príncipe en la Fe constante.

(Vanse con chirimías y dase fin a la famosa comedia del  
PRÍNCIPE CONSTANTE y esclavo por su patria.)